



## Justicia, Pas y Salvaguarda de la Creación Orientaciones claretianas

Vic 2014



<b>TABLA DE CONTENIDO</b>	
1. La promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación en la acción misionera de san Antonio María Claret como arzobispo de Santiago de Cuba <i>Carlos Sánchez Miranda, cmf.</i>	<b>5</b>
2. “Se hizo pobre por vosotros”. La solidaridad profética con los pobres y oprimidos. Iluminación desde el Nuevo Testamento <i>Ricardo Volo cmf</i>	<b>41</b>
3. Características de nuestro estilo de trabajo misionero en JPIC y Solidaridad. <i>JPIC&amp; Solidarity Workshop Vic 2014</i>	<b>57</b>



## **La promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación en la acción misionera de san Antonio María Claret como arzobispo de Santiago de Cuba**

Carlos Sánchez Miranda, CMF.

### **Introducción**

Quiero manifestar mi alegría por participar en este Taller con vosotros, que venís de diferentes puntos del mundo, donde nuestra Congregación trabaja por promover la justicia, la paz y la integridad de la creación como parte de su labor misionera. Agradezco al P. Miguel Ángel Velasco, prefecto general de Apostolado, que me ofreció este encargo. Si bien, en un primer momento, no quise aceptar para no distraerme en el trabajo de mi Tesis, al final, agradezco esta posibilidad de profundizar en la dimensión social de la vida nuestro Padre Fundador, y espero que sea una aportación iluminadora para vuestro trabajo misionero.

¿Qué significa promover la justicia, la paz y la integridad de la creación en un contexto de crisis mundial? Vosotros trabajáis codo a codo con otros para tratar de superar esta dura crisis, incluso, en muchos países de donde venís no se trata de una crisis reciente, sino de prolongados años de injusticias, de corrupción interna, de luchas por el poder y de violencia fratricida. Últimamente, la crisis económica ha tocado a todos, como un despertador ético que nos recuerda que juntos corremos la misma suerte en este planeta. Estamos en Vic, lugar histórico porque albergó nuestro nacimiento carismático, pero, también, una ciudad que desafía nuestra misión hoy. Su población supera los 41.000 habitantes, de la cual, alrededor del 25% somos migrantes, es decir, entre 4.000 a 5.000 familias que han dejado sus pueblos y culturas en busca de mejores condiciones de vida y se han encontrado, inesperadamente, con el muro de la falta de trabajo y de la recesión, que les impide alcanzar sus sueños y, en muchos casos, los devuelve frustrados a sus tierras o los condena a vivir en una creciente pobreza. En medio de un mundo que prometía progreso y bienestar para todos, experimentamos lo que el Papa Benedicto XVI dijo en su encíclica *Caritas in veritate*:

“La riqueza mundial crece en términos absolutos, pero aumentan también las desigualdades. En los países ricos, nuevas categorías sociales se empobrecen y nacen nuevas pobrezas. En las zonas más pobres, algunos grupos gozan de un tipo de superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora. Se sigue produciendo el escándalo de las disparidades hirientes”<sup>1</sup>.

Como cristianos hemos tomado conciencia de que las exigencias del evangelio en el campo social nos conducen, necesariamente, a superar las básicas rutas de la caridad y de la solidaridad, para reconocer que hay una estructura social, económica y política, donde se deciden el presente y el futuro de los pueblos. El desarrollo de una conciencia crítica iluminada por el evangelio nos abre al diálogo ciudadano en democracia y a buscar juntos la promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación. El concilio Vaticano II nos invitó a despertar del espiritualismo que nos

aletargaba en el refugio de una devoción intimista y alejada de la vida real. El Magisterio social de la Iglesia nos ha ido brindando el alimento necesario para convertirnos en cristianos adultos que conviven en una sociedad y aportan la luz del Evangelio.

Nuestra Congregación también ha tomado conciencia de estos desafíos. El magisterio emanado de los capítulos generales, de las circulares de nuestros padres generales y de los documentos de nuestros encuentros congregacionales han remarcado el sentido misionero de este trabajo, baste recordar un número de nuestro último documento capitular *Hombres que arden en caridad*, donde se percibe el sentido global y envolvente de este compromiso en nuestra vida y misión:

“Reafirmaremos, asimismo, la prioridad congregacional por la solidaridad profética con los empobrecidos, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida, de modo que esto repercuta en nuestro estilo de vida personal y comunitario, en nuestra misión apostólica y en nuestras instituciones”<sup>2</sup>.

Necesitamos profundizar el sentido carismático de este compromiso social, no podemos afrontarlo como podría hacerlo cualquier otro grupo que no tiene ni nuestra fe ni nuestro don carismático. No se trata de aislarnos diferenciándonos, sino de ser nosotros mismos en medio de la pluralidad. Nuestro trabajo en misión compartida, en medio de amplias redes eclesiales y sociales, nos exige mayor fidelidad al don particular que hemos recibido en la Iglesia. Por esto, necesitamos volver la mirada a las fuentes de nuestro carisma, especialmente, a la vida y misión de nuestro Padre Fundador, que es la semilla de este fecundo árbol del que formamos parte.

En esta oportunidad nos acercaremos sólo a un aspecto de la vida de Claret: su trabajo social como obispo en Santiago de Cuba. Nos restringimos a estos años de su vida porque consideramos que allí se encontró especialmente desafiado por realidades sociales que le exigieron respuestas creativas y audaces que pueden iluminar nuestro actual momento histórico<sup>3</sup>.

Hace un año hice un viaje a Santiago de Cuba para animar una tanda de Ejercicios Espirituales y tuve la gracia de visitar todas nuestras comunidades y convivir con los hermanos. Lo traté de vivir como un encuentro con Claret, incluso, preparé materiales que me ayudasen a visitar los lugares históricos más significativos que él frecuentó, pero fui sorprendido al constatar, interiormente, que nuestro Fundador continuaba vivo en Cuba a través de sus misioneros, que se juegan la vida con una presencia discreta y misericordiosa en medio de tantas privaciones y controles. Vosotros habéis hecho un viaje largo y os encontráis en Vic, tierra claretiana por excelencia. Os propongo que hagamos un gran esfuerzo con la imaginación y el corazón para acompañar, a lo largo de este día, a Claret en sus viajes de ida y vuelta por el Atlántico y nos detengamos de forma especial en Santiago de Cuba para contemplar su compromiso social en los seis años y dos meses que permaneció allí. Este viaje puede ser un buen recurso pedagógico para dejarnos interpelar y animar por su inspiración misionera.

Comencemos esta larga travesía. Ante todo, necesitamos tomar dos actitudes fundamentales que nos ayuden a aprovechar mejor este viaje. En primer lugar, **abrir la mente**. Empezar un viaje de dos siglos atrás, requiere que dejemos de lado los prejuicios que nuestra sensibilidad actual ha construido frente a los estilos del, despectivamente, llamado siglo “decimonónico”<sup>4</sup>; sólo así podremos asumir las

claves de sus coordenadas históricas con su peculiar forma de comprender la vida social, la eclesiología, la espiritualidad y la pastoral. El paso de mediados del siglo XIX a comienzos del XXI está marcado por una serie de cambios acelerados que han afectado al mundo entero y, también, a la Iglesia. Claret, por más que para nosotros está vivo y nos acompaña en el espíritu, fue un hombre de su tiempo: sus pensamientos, sus escritos y sus acciones son fruto de una mentalidad personal condicionada por la Iglesia y la sociedad de un siglo convulso, que necesitamos conocer y comprender. Por lo tanto, necesitamos, también, **una acogida cordial**. La vida y misión de Claret son un don para nosotros, con sus aciertos y sus desaciertos. Es fácil caer en la tentación de no acoger al otro como es, sino de manipularlo, en este caso, de hacerle decir lo que deseamos escuchar o hacerle callar lo que no nos agrada. No es poco frecuente leer o escuchar a claretianos que sobredimensionan o extraen de su contexto algunas anécdotas o citas para justificar sus intereses o para criticar los ajenos. Trataremos de acercarnos a su testimonio, conscientes de estos peligros y con apertura de mente y corazón, en la medida que podamos.

Bien dispuestos, nos unimos a Claret en los preparativos para cruzar el Atlántico. Luego, nos embarcaremos, en Barcelona, en el vapor *La Nueva Teresa Cubana* y, una vez llegados a *La Perla del Caribe*, nos aproximaremos a la acción social del Arzobispo misionero en su vasta archidiócesis. Trataremos de descubrir las claves de su actuación, el sentido de su dedicación y los criterios de su compromiso. Después de observar de cerca sus seis años y dos meses de arzobispo residencial zarparemos en el buque *Pizarro* para regresar, desde la Habana, con el futuro confesor de la reina Isabel II. Emprendamos nuestro recorrido.

## **I. De Cataluña a Cuba: sellado por una identidad misionera indeleble**

Durante dos meses, Claret hizo todo lo posible por renunciar al nombramiento de arzobispo, así lo expresó en su autobiografía: “Así es que con el mayor esfuerzo rechazaba todas las instancias que me hacían el Señor Nuncio de Su Santidad, el Excmo. Sr. Brunelli y el Sr. Ministro de Gracia y Justicia, don Lorenzo Arrazola...”<sup>5</sup> Al día siguiente de recibir el comunicado de su elección, el 12 de agosto de 1849, expuso al Nuncio sus razones:

“la primera porque no gusto de dignidades..., la segunda porque me echa por tierra todos mis apostólicos planes... Viendo la grande falta que hay de predicadores evangélicos y apostólicos en nuestro territorio español, los deseos tan grandes que tiene el pueblo de oír la divina palabra y las muchas instancias que de todas partes de España hacen para que vaya a sus ciudades y pueblos a predicar el Evangelio, determiné reunir y adiestrar unos cuantos compañeros celosos y hacer con otros lo que solo no puedo...”<sup>6</sup>

Concluyó la carta esgrimiendo su principal argumento: “Mas así yo me ato y concreto en un solo arzobispado, cuando mi espíritu es para todo el mundo: ni aún en este punto pequeño del globo podré predicar tanto como quisiera, porque he visto con mis propios ojos los muchos negocios a que tiene que atender un arzobispo”<sup>7</sup>.

El Nuncio y el Ministro no se resignaron a esta respuesta y acudieron al obispo de Vic, D. Luciano Casadevall, quien *ordenó* a Claret no rechazar esta petición porque le parecía que respondía a la voluntad de Dios. Ante esta intervención, Claret escribió: “Este precepto me estremeció. Por una parte, no me atrevía a aceptar, y,

por otra, quería obedecer”<sup>8</sup>. Solicitó un tiempo de recogimiento para discernir. Al final de este proceso y habiendo pedido a sus amigos de mayor confianza<sup>9</sup> que le ayudasen a discernir, el 4 de octubre, escribió al Nuncio: “después de mucha oración ha resuelto mi director espiritual que era voluntad de Dios que aceptase el nombramiento para el Arzobispado de Cuba a lo que humildemente me rindo”<sup>10</sup>.

¿Por qué se resistió tanto Claret a aceptar la mitra? En 1849, lo encontramos como un hombre de 42 años de edad que sabía muy bien lo que quería en la vida, estaba convencido del don que había recibido para servir al pueblo; ya quedaban muy atrás los difíciles años de desconcierto y de búsqueda vocacional que experimentó al dejar la industria textil<sup>11</sup>. En 1841, Claret había comenzado, de forma sencilla y sigilosa, en medio de las prohibiciones del gobierno liberal, a predicar la Palabra de Dios a través de misiones populares asolapadas. Después del éxito de las tres primeras, se ofreció a su obispo para dedicarse de forma exclusiva a esta dura y arriesgada evangelización itinerante.

Toda la década de los 40 fue una constante confirmación de su vocación misionera. En julio de 1841, recibió de la Santa Sede el título de Misionero Apostólico, que para él significó el sello de su identidad en la Iglesia. En esta década, Claret fue testigo de la sed que el pueblo tenía de la Palabra de Dios, por eso se dedicó a recorrer sin descanso los difíciles caminos de Cataluña y de las Islas Canarias, escribió muchos libros y avisos, fundó con D. José Caixal la Librería Religiosa, dio numerosos ejercicios espirituales al clero y fundó distintas asociaciones laicales y sacerdotales para evangelizar, especialmente, la Casa-misión de Vic.

Claret consideraba que la mitra episcopal ponía en peligro, no sólo sus planes apostólicos, sino, sobre todo, su vocación de misionero universal. Cuando el anciano Arzobispo escribió su autobiografía, se encargó de resaltar en los números que están en torno al relato de su ordenación episcopal que el hombre que caminaba hacia la catedral de Vic para ser ungido como obispo, por encima de todo, era un misionero. En los números previos escribió: “En este tiempo hice los ejercicios al Clero de Gerona e hice la Misión en la Ciudad, predicando todos los días desde un balcón de *Casa Pastors* a un gentío innumerable que ocupaba la plaza, escalinata y atrio de la Catedral...”<sup>12</sup>. Después de la consagración, antes de zarpar hacia Cuba, relató su despedida de Cataluña como una auténtica campaña misionera:

“... Al llegar a Igualada... prediqué el día de Todos los Santos, y al día siguiente fui a Montserrat, en que también prediqué. Luego pasé a Manresa... por la noche les prediqué... Al día siguiente..., por la tarde pasé a Sallent, mi Patria... por la noche les prediqué desde un balcón de la plaza, porque en la iglesia no habrían cabido. Al día siguiente... por la mañana pasé a Nuestra Señora de Fusimaña... celebré y prediqué...; de allí pasé a Artés, en que también prediqué; luego a Calders, y también prediqué, y fui a comer a Moyá, y por la noche prediqué. El día siguiente pasé por Collsuspina, y también prediqué, y fui a comer a Vich, y por la noche prediqué. Pasé a Barcelona, y prediqué todos los días en diferentes iglesias y conventos, hasta el día 28 de diciembre, en que nos embarcamos...”<sup>13</sup>.

Esta insistencia en “prediqué... prediqué...”, podría interpretarse como la forma con que Claret quería expresar que, pese a aceptar la mitra, no había renunciado a su identidad misionera, al contrario, que vivía un difícil proceso existencial que le permitiese ubicar el nuevo ministerio recibido desde su centro carismático personal.



Además de estas predicaciones, Claret se dedicó a consolidar las obras ya comenzadas y a preparar su viaje. Buscó consolidar la Librería Religiosa en manos de D. José Caixal y la Casa-misión de Vic, en las del P. Esteban Sala, conocido como *el Hereu* por ser el sacerdote más compenetrado con el espíritu de Claret. También se dedicó a reclutar a sus futuros compañeros de misión; llama la atención que de las 13 personas que eligió, 9 eran sacerdotes apostólicos que él mismo conquistó en sus correrías misioneras.

Una vez embarcados en la fragata *La Nueva Teresa Cubana*, dejémonos sorprender por la originalidad del nuevo obispo. Al narrar el viaje nos contó que el mal tiempo les obligó a hacer una escala de tres días en Málaga, veamos en qué se ocupó en esta escala obligada: “Entre tanto, en aquellos días me dieron ocupación. Y prediqué quince sermones en la Catedral, Seminario, a los estudiantes, a los conventos, etc.”<sup>14</sup>. El resto del viaje se organizó entre momentos de oración, formación y recreación, y durante quince días emprendió una misión a bordo, él mismo nos lo cuenta: “Al llegar al Golfo de las Damas, yo empecé la misión encima de la cubierta. Todos asistían, todos se confesaron y comulgaron en el día de la Comunión general, tanto viajeros como de la tripulación, desde el capitán hasta el último marinero, y siempre quedamos muy amigos...”<sup>15</sup>. Un simple traslado territorial quedó convertido en una campaña misionera en medio de los mares.

## **II. Santiago de Cuba: gestos y acciones que confirman la Palabra anunciada**

Llegamos, por fin, a tierra firme. No queda lugar a dudas que el caluroso 16 de febrero de 1851, en el puerto de Santiago de Cuba, desembarcó un obispo misionero, que llegaba con unos sueños y unos planes pastorales bien definidos y un selecto equipo para aplicarlos.

### **1. Ante todo y por encima de todo, misionero**

Apenas llegó a la Isla, se dirigió al Santuario de la Virgen de la Caridad del Cobre para encomendarle el gobierno de la archidiócesis: ella sería *la Prelada*. Al volver a Santiago, comenzó una misión en la ciudad. En una carta dirigida a D. José Caixal, le contó: “No puedo explicar los grandes y copiosísimos frutos que estamos reportando de la Sta. Misión... Antes de la cuaresma hice misión al Clero y tuve tan buen resultado...”<sup>16</sup>. El obispo estaba entusiasmado con las misiones y así lo siguió haciendo a través de las cuatro visitas pastorales que emprendió. El Arzobispo dividió su equipo de colaboradores en dos grupos, uno que le ayudase en el gobierno (curia, secretaría, seminario, etc.), y el otro, que realizase las campañas misioneras, que él mismo concluía con predicaciones y confirmaciones, así pudo recorrer todas las ciudades, pueblos y, en la medida que le permitieron, las plantaciones y granjas de su jurisdicción.

Todo el ministerio episcopal de Claret está teñido de esta identidad misionera indeleble, no se entendería nada de lo que hizo si no se leyese desde esta clave misionera que le permitió descubrir las necesidades sociales y asumir compromisos con creatividad y audacia insospechadas en esta época.

### **2. Una realidad nueva que necesita conocer a fondo**

Para no dar pasos inútiles en su gobierno, Claret tomó la decisión de conocer a fondo la realidad de su archidiócesis. Antes de viajar a Cuba trató de informarse lo

más posible<sup>17</sup> y, apenas llegó al terreno aprovechó las visitas pastorales para tomar contacto directo. Después de hacer la primera visita escribió a la Reina: “Ya he recorrido, Señora, gran parte de mi vasta Diócesis; ya he palpado por mí mismo las llagas de que adolece; he estudiado el mal en sus resultados; he descubierto su origen, y no es otro que abandono y perfidia...”<sup>18</sup> Se dio cuenta de inmediato que estaba en medio de una realidad muy diferente a la que estaba acostumbrado a vivir en Cataluña y las Islas Canarias.

¿Cuál era la situación de Cuba en ese tiempo? La isla más extensa de las Antillas contaba con amplios terrenos que la convertía en el escenario ideal para las plantaciones de caña de azúcar, tabaco y café. Estos productos constituyeron el *nuevo oro* de una época de países industrializados que buscaban ansiosamente materia prima para sus grandes negocios. Gracias, sobre todo, al azúcar, Cuba gozaba de un período de auge económico. Hugh Thomas tituló a la etapa comprendida entre 1825 y 1868 *La edad de Oro* y afirmó:

“La riqueza de Cuba entre 1823 y el final del siglo XIX alcanzó altísimos niveles. Los prolongados poderes absolutos de los capitanes generales se convirtieron también en una verdadera dictadura... La esclavitud y el tráfico de esclavos, aunque este último era ilegal, eran las instituciones sobre las que se asentaban la riqueza y la dictadura”<sup>19</sup>.

La población cubana había superado el millón de habitantes, de los cuales unos 450.000 eran negros, unos 60.000 chinos, unos 30.000 de varias procedencias, entre ellas, haitianos, franceses, ingleses, norteamericanos, portugueses, etc. El resto eran hispanos, de los cuales, la mayor parte habían nacido en Cuba y se les llamaba *los criollos*. La riqueza había traído tal progreso económico que, en 1830, Cuba fue el primer lugar de toda América Latina que contó con una línea de ferrocarril, incluso, antes que la Metrópoli. Pero, desgraciadamente, este progreso se fundaba, sobre todo, en la sangre y los sudores de los esclavos. Se calcula que entre 1823 y 1865 entraron en la isla unos 400.000 esclavos, comprados en África; en 1841, constituían el 43,5 por ciento de toda la población. También la Isla era un hervidero de ansias de independencia, pues, fueron años en que se multiplicaron los movimientos de sublevación contra España, situación que se agravaba por la fuerte división interna sobre este tema. Unos pretendían conservar el *status quo* tal cual y otros anhelaban la independencia de España ya sea de forma total o como anexión a los EE.UU. que garantizaba la subsistencia de las leyes esclavistas.

A nivel eclesial, la Isla estaba delimitada en dos diócesis, la de La Habana y la de Santiago de Cuba. Esta última era la más antigua y abarcaba un territorio de 55.000 kilómetros y una población de 240.000 habitantes, para los cuales se contaba sólo con 125 sacerdotes distribuidos en 41 parroquias. La archidiócesis llevaba 14 años sin arzobispo ya que Mons. Cirilo Alameda i Brea, uno de los eclesiásticos más politizado del siglo XIX, tuvo que huir en 1837 para evitar ser encarcelado por haberse declarado abiertamente del bando carlista<sup>20</sup>. Esta prolongada ausencia del pastor había causado relajamiento en el clero y desatención pastoral, mucho más, si tenemos en cuenta que, en 1835, al igual que en la Península, fueron expulsadas todas las congregaciones religiosas, que eran las que llevaban la principal parte de la evangelización. El nuevo Arzobispo se encontró con una situación precaria en todo sentido.

Como resumen podemos afirmar que entre los principales desafíos sociales de esta época cubana se encontraban: el lacerante problema de la esclavitud, las injusticias de parte de muchos comerciantes europeos convertidos en burgueses tiranos, la fuerte red de corrupción política que se había tejido, las escandalosas diferencias sociales, la crispada situación a favor o en contra de la independencia, la influencia de los EE.UU. buscaba campos para ampliar su influjo económico, la prohibición de los matrimonios interraciales y una oleada anticlerical que procedía de grupos masónicos procedentes de Europa.

¿Cuáles fueron las claves del análisis de la realidad que hizo el nuevo Arzobispo? En varias cartas, Claret reveló que su estudio de la realidad se dirigía, sobre todo, a descubrir las causas de los males que impedían que su pueblo viviese la fe en medio de su ambiente social. No fue un obispo espiritualista que se refugiase en el mundo intra-ecclesial, de espaldas a la realidad que sufría su gente. En la lúcida carta que dirigió al P. Esteban Sala, a los dos años de su llegada a Cuba, manifestó su preocupación al descubrir con dolor la presencia de “unos principios de destrucción, de corrupción y de provocación de la divina Justicia, que seguro que lo conseguirán”<sup>21</sup>.

Para Claret esos principios de destrucción no eran teóricos, sino que estaban encarnados de forma especial en tres grupos de personas que, en la misma carta, enumeró y describió. Primero, *los abogadillos*, que eran jóvenes que habían estudiado derecho en EE. UU., que no vivían como cristianos y que favorecían los intereses de potencias foráneas. Segundo, *los negreros*, que eran personas que, si bien bautizaban a sus esclavos, vivían “como brutos” que no reconocían la dignidad del ser humano, trataban a los hijos de Dios como si fuesen caballos o yeguas e impedían la evangelización de los esclavos. Tercero, *los grandes comerciantes*, de los que afirmó: “son pésimos, nunca confiesan, ni comulgan, ni van a oír Misa, todos viven amancebados, o tienen ilícitas relaciones con mulatas y negras, y no aprecian a otro Dios que el interés”.

En la carta dirigida a la Reina, que ya hemos mencionado, Claret profundizó en las raíces de los males sociales y habló del *abandono* y la *perfidia*. Se refería al *abandono* en que se encontraba el pueblo sencillo porque el clero no estaba suficientemente formado y porque a las autoridades civiles, movidas por intereses mezquinos, no promovían ni la justicia ni la paz. También, se refería a la *perfidia* que suponía el proselitismo de las sectas protestantes, que alentaban en los isleños la confusión religiosa y la desafección a España. En medio de los inevitables condicionamientos ideológicos del siglo XIX, el Arzobispo acertó con la raíz de los males: la falta de líderes preparados y la necesidad de una educación católica integral. Llegó a decir con énfasis a la Reina:

*“No dejemos la educación en manos de especuladores como si fuera una mercancía cualquiera; prescindamos de preocupaciones, y si encontramos un instituto sabio y santo en la Iglesia y capaz de amalgamar perfectamente las luces del siglo con la luz del evangelio; llamémosle en nuestra ayuda... miremos solo a los males de la sociedad que exigen pronto remedio...”<sup>22</sup>.*

Al agudizar su mirada para detectar los *males* de su archidiócesis, Claret nunca perdió de vista el conjunto de la realidad, pues, también supo descubrir sus *bondades*. En la misma carta dirigida al P. Sala afirmó: “El pueblo no puede estar en mejor disposición, todos asisten a la santa Misión y a recibir los santos

sacramentos...”<sup>23</sup>. En una carta anterior, dirigida a D. Fortian Bres, afirmó: “... no se puede figurar la docilidad de estas gentes, el fruto que han hecho las misiones y están haciendo actualmente; qué fervor!, qué devoción!...”<sup>24</sup>. El Arzobispo percibió el alma religiosa de sus fieles abierta a las semillas del Evangelio y supo que valían la pena todos sus afanes misioneros y sus desvelos por mejorar su vida espiritual y social.

Llama la atención que Claret rompa los moldes eclesiásticos de la época al hacer este tipo de análisis de la realidad tan perspicaz y audaz, aun cuando no se contaba con los actuales recursos sociológicos. Él no era un estudioso teórico de la realidad, era un misionero que se preguntó: ¿Por qué el mensaje del evangelio no arraigaba en el corazón de sus fieles y no impregnaba su vida social y cultural? Era un hombre práctico que analizó la realidad para emprender con acierto sus acciones misioneras.

### **3. Su vida pobre, como la de Cristo, respuesta radical a la injusticia social**

Claret, al hablar de la pobreza como virtud apostólica, nos presentó un atinado análisis de la sociedad liberal que le tocó vivir:

*“Veo que nos hallamos en un siglo en que no sólo se adora el becerro de oro, como lo hicieron los hebreos, sino que se da culto tan extremado al oro, que se ha derribado de sus sagrados pedestales a las virtudes más generosas. He visto ser ésta una época en que el egoísmo ha hecho olvidar los deberes más sagrados que el hombre tiene con sus prójimos y hermanos, ya que todos somos imágenes de Dios...”*<sup>25</sup>.

Este diagnóstico corresponde de forma especial con la realidad que encontró en la sociedad cubana, tan llena de injusticias y diferencias sociales, fruto de la codicia y la avaricia de mercaderes y políticos. Es significativo que la primera acción que emprendió para luchar contra este sistema injusto e idólatra no fueran acciones externas, sino una decisión radical que comprometiese su propia vida: “Consideré que para hacer frente a este gigante formidable que los mundanos le llaman omnipotente, debía hacerle frente con la santa virtud de la pobreza”<sup>26</sup>.

Claret no era un activista social que soñaba, ilusoriamente, cambiar el mundo, sino, fue un apóstol de Jesucristo que sabía que sólo podía enfrentar el mal, tal como lo hizo su Maestro: “Me acordaba siempre de que Jesús se había hecho pobre, que quiso ser pobre, vivir pobremente y morir en la mayor pobreza...”<sup>27</sup>. Son muchos los testimonios sobre la pobreza del Arzobispo, por ejemplo, el P. Juan Nepomuceno Lobo, uno de sus colaboradores más cercanos, escribió al P. José Xifré afirmando del Santo: “pobrísimos en su persona y ajuar y en cuanto a su persona se refería, modesto en sumo grado, amante de los pobres...”<sup>28</sup>.

### **4. Preferencia por los preferidos del Señor, los pobres y necesitados**

No bastaba con ser un misionero pobre, su afán por configurarse con Cristo lo llevó a optar de forma preferencial por aquellos que Jesús prefirió, los más pobres y necesitados. No dudó en dedicarles su tiempo, sus mejores esfuerzos, incluso, una buena parte de su sueldo y de sus rentas. El P. Juan Nepomuceno Lobo, en la carta que ya he referido, afirmó: “El empleo que hacía de sus rentas era como convenía a

un verdadero apóstol: todo en beneficio de los pobres...”<sup>29</sup>. El balance que el mismo Claret hizo, en su autobiografía, de su labor como arzobispo es elocuente:

*“Con la ayuda del Señor cuidé de los pobres. Todos los lunes del año, durante el tiempo de mi permanencia en aquella Isla, reunía a todos los pobres de la población en que me hallaba... y muchísimos se confesaban conmigo, porque conocían el grande amor que les tenía, y a la verdad, el Señor me ha dado un amor entrañable a los pobres”<sup>30</sup>.*

Más adelante afirmó: “Para los pobres compré una hacienda en la Ciudad de Puerto Príncipe...”, “También puse en la Diócesis la Caja de ahorros cuyo Reglamento y aprobación está en la misma obra, para utilidad y morigeración de los pobres...”, “También visitaba a los presos de la cárceles; les catequizaba y predicaba con mucha frecuencia, y después les daba una peseta a cada uno...”, “visitaba con la misma frecuencia a los pobres del hospital...”, “Era presidente de la Junta de los amigos del país; nos reuníamos en Palacio y nos ocupábamos todos de los adelantos de la Isla; procurábamos oficio a los muchachos pobres...” y “Facilité los matrimonios a los pobres...”<sup>31</sup>.

Entre los pobres que tuvo que atender se encontraban, también, sus propios sacerdotes. A los pocos meses de llegar a la Isla, el 27 de mayo de 1851, escribió una circular a su Clero diciéndole: “Viendo en primer lugar con nuestros propios ojos el estado triste de miseria a que muchos de vosotros os halláis reducidos, hemos resuelto representar a S.M. la Reina... sobre este punto y enviar un Prebendado que entregue la exposición al Gobierno...”<sup>32</sup>. Así lo hizo, envió a Madrid al P. Jerónimo Usera llevando dos amplias cartas, una para la Reina<sup>33</sup> y la otra para el Presidente del Consejo de Gobierno<sup>34</sup>, en las que expuso la calamitosa situación del clero y pidió el urgente aumento de sus dotaciones. Al final, el cambio fue significativo. El mismo Arzobispo se rebajó el sueldo para mejorar el de sus sacerdotes<sup>35</sup>.

El ministerio episcopal de Claret tuvo predilectos muy claros. Los pobres ocuparon el centro de su corazón porque sabía que en ellos servía al Señor. Se trataba de un amor de predilección que no excluía a nadie, tal como lo vivió su Maestro, así lo testifica el P. Lobo, que afirmó de Claret: “amante de los pobres, asequible a todos, solícito del bien general y particular con entrañas de verdadero padre para todos, siempre amoroso para atraer a Dios a todos...”<sup>36</sup>. En los momentos más difíciles, esta predilección se hizo más palpable, así se trasluce de un número de la autobiografía de Claret: “Durante la peste o cólera, todo el clero se portó muy bien día y noche. Yo y todos los sacerdotes estábamos siempre entre los enfermos socorriéndolos espiritual y corporalmente”<sup>37</sup>; lo mismo se podría decir de los duros momentos en que los terremotos azotaron la Isla.

## **5. “Y así como lo conocí, lo puse por obra”<sup>38</sup>: un misionero práctico y eficaz**

Esta frase, que Claret utilizó para expresar su opción por abrazar la pobreza radical de Jesús, nos puede servir para resaltar el estilo intuitivo y práctico que tenía no sólo en los propósitos de su vida personal, sino también en sus planes apostólicos. El Arzobispo estudió la realidad de su tiempo y sacó algunas conclusiones prácticas para su ministerio. Es providencial que entre sus Manuscritos se haya encontrado un documento titulado *Males que se han de corregir*<sup>39</sup>, que se convirtió en la línea social de su plan de gobierno como respuesta a los problemas detectados. Al señalar los *males*, propuso sus respectivos desafíos: atender la instrucción de los niños y las

niñas, instituir las casas de caridad, dotar de buena atención a los hospitales, garantizar el buen funcionamiento de las cárceles, instaurar cajas de ahorro, publicar libros de enseñanza y promover espacios lúdicos positivos para evitar la ociosidad y los vicios.

Acompañemos de forma más cercana al Arzobispo en sus correrías apostólicas, fijándonos, especialmente, en cómo esas acciones de su Plan no quedaron sólo en el papel.

### *5.1. Esfuerzos por la estabilidad familiar*

Claret encontró en el amancebamiento uno de los problemas más difíciles de enfrentar, no sólo porque iba contra la moral católica, sino, también, porque era la causa de un mal social muy grave que desestabilizaba a la familia y dejaba a las mujeres de color y a sus hijos en condiciones de total abandono. El general Concha, uno de los capitanes generales de esa época, en sus Memorias, escribió al respecto:

*“Ningún país cuenta, por estas circunstancias, en proporción a su población, mayor número de niños abandonados, tanto en la clase blanca como en la de color, los cuales, si no son recogidos en los establecimientos de beneficencia, perecen o se convierten en esos elementos funestos para la sociedad, que más tarde pueblan las cárceles y los presidios”<sup>40</sup>.*

Después de su primera visita pastoral, el Arzobispo escribió al capitán general de Cuba, D. Lorenzo Arrazola: “He hecho nueve mil matrimonios de amancebados públicos, resultando legitimados más de cuarenta mil naturales. He reunido cerca de trescientos matrimonios desunidos...” Después de esta gozosa noticia, paradójicamente, expresó su deseo de renunciar a su cargo:

*“Yo suplico a V. que... me ayude cuanto pueda, así como en sostener mi renuncia, porque yo he cumplido con lo que podía hacer, que es dejar entablada la reforma general de costumbres; pero no me es posible. No me faltan contradicciones, antes las experimento grandes, especialmente por no poder transigir con ciertas disposiciones vigentes sobre matrimonios entre diversas razas...”<sup>41</sup>.*

¿Cuáles fueron esas contradicciones? Claret, en la misma carta, denunció la existencia de *un baluarte de los amancebados*, se refería a la Real Cédula de 15 de octubre de 1805, que requería el permiso del gobernador para que los de conocida nobleza y notoria limpieza de sangre pudieran contraer matrimonio con mulatos, negros y otras razas. Una ley puesta para salvaguardar los intereses de los comerciantes europeos que iban a la Isla con miras de enriquecerse y volver a sus tierras, pero que dejaba en el abandono a las mujeres de las que se servían. Amparándose en una interpretación amplia de esta legislación, se volvió una costumbre que todos los blancos se considerasen de *notoria limpieza de sangre* y tengan una excusa para evitar las responsabilidades del matrimonio. Claret rompió con esta costumbre y asumió *una interpretación estricta de la ley*, por eso, procedió a celebrar matrimonios entre razas mixtas, todo un gesto profético que le trajo muchos problemas con los más poderosos de la Isla.

Claret estaba convencido que los amancebados no sólo ofendían a Dios y se perjudicaban a sí mismos, sino que abandonaban a los hijos y dañaban el bien público de la sociedad<sup>42</sup>, por eso, se enfrenta con todas sus fuerzas a este

problema. Hace los mayores esfuerzos en el campo religioso: “Facilité los matrimonios a los pobres y a los que no hallaban la partida de bautismo, a fin de quitar amancebamientos”<sup>43</sup>; las misiones populares fueron la plataforma más práctica para conseguir este objetivo. También escribió a las autoridades civiles para que no entorpeciesen los trámites. Fue muy exigente en este tema, incluso, utilizó medios de presión que en nuestra actual sociedad secularizada no nos podemos imaginar posibles, pero que en su contexto histórico fueron un signo de su preocupación por defender los derechos de los desprotegidos; por ejemplo, exigió a los magistrados de la Real Audiencia de Puerto Príncipe que firmen una sentencia por la que obligaban a los funcionarios de la administración a colaborar con él y con sus misioneros otorgándoles las listas de amancebados de cada población. Las denuncias, las amenazas y las persecuciones de quienes veían peligrar sus privilegios se multiplicaron e hicieron sufrir al Arzobispo, pero no se amedrentó y continuó.

## *5.2. Compromiso por una educación integral y de calidad para los pobres*

Claret intuyó que la base segura de una reforma social de largo alcance se encontraba en el establecimiento de una educación integral y de calidad. Comenzó por la renovación y la capacitación de su clero y la reorganización del seminario de San Basilio, pues, los sacerdotes eran los educadores de la fe del pueblo. Hizo del seminario no sólo un buen centro de formación sacerdotal, sino que, ante la falta de centros educativos de calidad, lo convirtió en un instituto con relieve universitario que formó a numerosos jóvenes de su época<sup>44</sup>.

También se comprometió con la educación civil, pese a la oposición de un influyente grupo de la sociedad que consideraba peligrosa la capacitación de la juventud en un territorio colonial ya que podía ser causa de turbulencias y reformas<sup>45</sup>. En la carta dirigida a la Reina después de su primera visita pastoral dejó muy claro su compromiso con la educación: “no dejemos la educación en manos de especuladores como si fuera una mercancía cualquiera...”<sup>46</sup>. Claret sintió la responsabilidad de buscar buenos educadores, por eso hace todas las diligencias posibles para que el Gobierno permitiese la llegada a Cuba de algunos institutos religiosos. En 1852, una Real Cédula les abrió las puertas de la Isla, pero los superiores generales no pudieron responder al pedido del Arzobispo por falta de personal; sólo los Escolapios llegaron para fundar una escuela en Camaguey, mientras que los Jesuitas y los Paúles llegarían cuando el Arzobispo ya había dejado la Isla.

En su autobiografía, Claret dejó constancia de que: “visitaba siempre y en todas las poblaciones las escuelas de niños y de niñas y platicaba en ellas a los Maestros y Maestras y a los discípulos y discípulas”<sup>47</sup>. Más aún, para atender la educación de las niñas pobres, fundó, con la Madre Antonia París, el Instituto de Religiosas de María Inmaculada, dedicadas a la enseñanza.

El proyecto social de educación y promoción humana más apreciado por el Arzobispo, sin duda, fue la Escuela-Granja de Puerto Príncipe. El mismo Claret escribió: “Para los pobres compré una hacienda... Cuando salí de la Isla llevaba gastados de mis ahorros veinticinco mil duros”. Realizó esta compra en 1855 y nombró a uno de sus más íntimos colaboradores, el P. Paladio Currius, para que se dedicase a la planificación y supervisión de su construcción. Dejemos que Claret nos relate su visión:

*“El Plan de esta obra era recoger a los Niños y Niñas pobres, que muchos de ellos se pierden por las calles pidiendo limosna. Y allí se les había de mantener de comida y vestido y se les había de enseñar la Religión, leer, escribir, etc., y después arte u oficio, el que quisiesen, y una hora, no más, cada día, los niños habían de trabajar en la hacienda, y con esto ya se les podía mantener con las viandas que producía la misma hacienda; y todo lo demás que ganasen se había de echar en la caja de ahorros. Por manera que cuando saliesen de dicha casa habían de tener instrucción y además habían de haber aprendido algún arte u oficio, y se les había de entregar lo que ellos hubiesen ganado”<sup>48</sup>.*

El proyecto recibió el nombre de “Casa de caridad”, en clara referencia al mote de su escudo episcopal<sup>49</sup>. Claret consideraba esta obra como el fruto maduro de la caridad de Cristo que lo urgía a amar a los niños y jóvenes más pobres. No escatimó ahorros ni esfuerzos en dedicarse a sacar adelante este difícil sueño. Lamentablemente, después del atentado de Holguín las obras se resintieron y disminuyó el ritmo de trabajo, hasta que, a su vuelta a Madrid, el proyecto no fue continuado por nadie. Nos quedó un proyecto que ilumina nuestro compromiso social hoy.

### *5.3. A favor de una economía solidaria*

La riqueza en Cuba, en la época de Claret, crecía considerablemente, pero estaba en manos de una minoría que se aprovechaba de la pobreza de la mayoría. Cuando los trabajadores, los artesanos y los pequeños propietarios necesitaban de algún crédito para emprender algún negocio o proyecto, no tenían otra posibilidad que abandonarse en manos de la usura de los grandes mercaderes que les exigían inflados intereses y los empobrecían más. El Arzobispo consideró oportuno establecer en su archidiócesis la Caja de ahorros, una institución de economía solidaria que había sido creada en 1803, en Tottenham, cerca de Londres, por doña Priscila Wokefield, y que venía dando muy buenos resultados en diferentes lugares.

El 1º de enero de 1854, Claret publicó el *Reglamento de la Caja parroquial de ahorros, o sea depósito y guarda maternal* que él mismo redactó y que, después, fue publicado como parte de su obra *Las delicias del campo*<sup>50</sup>. Al leer con detenimiento el Reglamento se nota que buscó impregnar de espíritu evangélico esta institución<sup>51</sup>. En la introducción del Reglamento, él mismo expresó las motivaciones que como Arzobispo tenía: “Deseoso de conservar las buenas costumbres que ha enseñado (el Arzobispo) de palabra y por escrito, de promover la moralidad pública, y fomentar al propio tiempo la agricultura y las artes mecánicas, la instala en su diócesis como medio eficaz al efecto”<sup>52</sup>. Esta iniciativa social fue aprobada por el Capitán General, el marqués de la Pezuela, el 15 de febrero de 1854<sup>53</sup>.

Claret deseaba que se estableciese una Caja de ahorros en cada parroquia para educar a la gente en la virtud del ahorro y evitarles caer en la usura de los mercaderes. Este proyecto no quedó en mero deseo, él se encargó de ponerlo en práctica, por ello cumplió con lo que decía el Reglamento: “El mismo prelado ofrece prestar mil pesos fuertes a cada parroquia para empezar esta grande obra de caridad”<sup>54</sup>. Cada Caja de ahorros estaba en manos de un equipo de tres personas: el párroco, un miembro del gobierno y uno de los fieles de la parroquia que inspirase más confianza por su moralidad, religiosidad y filantropía. Estas personas elegidas por el Arzobispo trabajaban *ad-honorem* y cada una tenía una de las tres llaves de la caja en la que, cada domingo, se depositaba o retiraba el dinero, así se garantizaba



la transparencia en este delicado asunto. Además, el obispo revisaba los libros de cuentas y evaluaba la buena marcha de cada Caja de ahorros en las visitas pastorales.

Para evitar cualquier comentario sobre una posible intención de enriquecimiento, determinó que no le devuelvan el dinero que había otorgado al inicio y que los beneficios que se consiguiesen sean repartidos entre las viudas pobres, como limosna, y entre las doncellas honradas, como premio a su virtud. Como vemos, esta audaz empresa financiera rompió, nuevamente, los moldes del típico prelado encasillado en sus estrictas labores pastorales. Claret se da cuenta de que la vivencia de la fe está fuertemente condicionada por la economía y se preocupa de ayudar a los más necesitados a superar sus carencias y los peligros de exclusión. Por una carta que escribió al P. Paladio Currius sabemos que un año y medio después de su salida de la Isla las Cajas de Ahorros siguieron funcionando<sup>55</sup>; lamentablemente, después no se les dio continuidad.

#### *5.4. Apuesta por una agricultura más justa y de mejor calidad*

Claret se dio cuenta, de inmediato, de que se encontraba en una tierra donde la agricultura era la principal fuente de trabajo, pero, al mismo tiempo, constató la formación deficiente y las malas condiciones laborales del campesinado. La caridad apostólica le movió a buscar, una vez más, el bien integral de sus feligreses. En el opúsculo *Reflexiones sobre la Agricultura*, nos explicó sus afanes en este campo: “Este amor y deseo de su bienestar me obligaba en el decurso de la misión y visita pastoral por las parroquias de los campos... a enseñarles el modo de sembrar y plantar e injertar...”<sup>56</sup>.

En esta pequeña obra de 22 páginas, publicado en 1854, Claret expone sus propias reflexiones y consejos para mejorar el trabajo en la agricultura, se siente en continuidad con los evangelizadores que no cerraron los ojos a las necesidades de su fieles, antes bien, se comprometieron con una evangelización integral y liberadora. Entre ellos, resaltó el ejemplo del emblemático Bartolomé de las Casas, del cual dijo: “que tanto bien hacía a los colonos e indígenas con la Agricultura y otras industrias de que se valía, según le dictaban su celo y su caridad en estos vastísimos países de la América”<sup>57</sup>.

La mirada práctica y realista de Claret no sólo le llevó a dar consejos útiles sino a hacer una propuesta audaz, que sabía que toparía con los intereses de los terratenientes. En primer lugar expuso su propia lectura de la realidad agrícola: “He observado que varios colonos laboriosos e industriosos, después que han trabajado mucho para hacer fructificar aquellas tierras y lo han conseguido, al tercer año son arrojados de ella o despedidos por el mismo dueño o por ambición de otro colono que ofrece mayor lucro al dueño que el primero. Esto es muy perjudicial al desarrollo de la industria, porque el colono por miedo de ser echado de aquel terreno ni lo cultiva ni lo hace fructificar, como lo haría si tuviera alguna seguridad de permanecer en él”<sup>58</sup>.

Como respuesta a estos desafíos lanzó la propuesta de fijar una ley sobre los arriendos de los terrenos para evitar los injustos desalojos; más aún, propuso una reforma agraria de alcance regional, pero que bien podía iluminar la realidad de toda la Isla: “es de absoluta necesidad la división de los terrenos”, la repartición de los mismos entre los pequeños agricultores, sobre todo “en la jurisdicción de Tunas y

Bayamo por la parte del Cauto”. El Arzobispo estaba convencido de que cuando no hay propiedad segura “nadie las cultiva ni edifica casa en ella... sólo levantan por interina providencia unos miserabilísimos bohíos”<sup>59</sup>. Ya nos podemos imaginar cómo sonaría esta propuesta que iba en la línea del pensamiento de los socialistas y progresistas de su época. Lebroc afirma al respecto: “La vinculación del Arzobispo con el reformismo agrario se nota a través de otro cubano ilustre, Francisco de Frías Jacott... quien aseveraba que sería lisonjero el destino de nuestra patria si se abriese un porvenir envidiable a la pequeña propiedad rural”<sup>60</sup>.

Claret sabía que estas reflexiones, consejos y propuestas no dejarían indiferentes a sus lectores y que más de uno le exigiría que no se metiese en temas que no le correspondían, por eso, él mismo expresó sus razones para involucrarse en temas tan sociales:

*“¿A qué viene que un Prelado se ocupe de estas materias, cuando su elemento es la Sagrada Teología y Cánones y la moral cristiana? No hay duda que ésta debe ser mi principal obligación; pero no considero fuera de razón el ocuparme de la propagación y perfección de la agricultura, ya porque influye poderosamente a la mejora de las costumbres, que es mi principal misión, ya también porque la abundancia y felicidad que trae a los hombres, las que estoy obligado a procurarles en cuanto pueda por ser yo su Prelado y Padre espiritual, a quienes tanto amo. Y como amar es querer bien, debo proporcionarles este grande bien y utilidad por medio de la agricultura”<sup>61</sup>.*

Dos años después, en 1856, el Arzobispo publica su segunda obra sobre agricultura, esta vez se trata de un libro más completo y detallado, que tituló *Las delicias del campo*. A través de citas de la Escritura y de autores “antiguos y modernos, nacionales y extranjeros” reivindicó el papel de la agricultura en la vida social y realzó su dignidad, en contra de quienes trataban de relegarla como un trabajo propio de las clases más bajas. A continuación, de forma didáctica, a través de unas conversaciones entre tres personajes imaginarios, presentó diferentes temas de formación geográfica y, sobre todo, agrícola, junto con consejos prácticos para aprovechar mejor la tierra y sus frutos. Por supuesto, también presentó notas bíblicas y espirituales que ayudasen a los campesinos a vivir una intensa relación con Dios en medio de su trabajo del campo<sup>62</sup>.

La aportación de Claret a la reforma agraria no se limita a las reflexiones y propuestas de su primera obra, como ya hemos reseñado, sino que intervino de forma directa en un plan para convertir en propietarios a los “guajiros” cultivadores de la tierra. El Marqués de la Pezuela, capitán general de Cuba, consultó al Arzobispo sobre la situación de algunos extensos terrenos que antiguamente habían administrado los dominicos, pero que, a causa de la desamortización de 1836, estaban en manos de la Hacienda Real y, por orden de una Real Cédula, estaban a punto de ser vendidos para restituir este dinero a la Iglesia. El Arzobispo respondió: “Estos terrenos... deben adjudicarse con preferencia si no con exclusión a los pobres que los han cultivado o puedan cultivarlos como colonos, excluyendo a los ricos, o a lo menos posponiéndolos de las cortas propiedades que se enajenen”<sup>63</sup>.

Claret finalizó su carta diciendo: “A más de esto, una clase muy numerosa y lo más útil para el cultivo encontrará un estímulo poderoso para fomentar con su trabajo la gran riqueza que ofrece el feraz suelo de la Isla, si se le asegura la propiedad de la tierra que beneficia con el sudor de su rostro”<sup>64</sup>. Estaba convencido de que el

sistema de repartición de tierras debía ser corregido para evitar tantas injusticias y no perdió la oportunidad de aplicarlos cuando estuvo en sus manos. Lamentablemente, cuando el marqués de la Pezuela iba a ejecutar esta medida en conformidad a las indicaciones del Arzobispo, fue sustituido en la capitanía general por Don José Gutiérrez de la Concha, que actuó de forma muy diferente.

No podemos dejar de mencionar, en este campo agrario, unos rasgos que resaltan la sensibilidad ecológica de Claret como fue la idea de formar un jardín botánico que ayude a educar en esta sensibilidad a los cubanos: “Se formará un jardín botánico y se plantarán los árboles y plantas del país que son susceptibles de alguna mejora y se mandarían traer de fuera los que se juzguen que aquí podrán dar felices resultados...”<sup>65</sup>. En la misma obrita, la primera sobre agricultura, para combatir la tala indiscriminada de árboles propuso que ante la “falta de tantos árboles, se debería precaver de antemano, v.g., dejando algunos bosques, plantando frutales y otros árboles de buenas maderas, etc.”<sup>66</sup>. Se refleja una sensibilidad ecológica que en esos tiempos, más bien, faltaba.

### *5.5. Sin meterse en “política” a favor de la justicia y la paz*

Claret traía de su experiencia misionera en la convulsionada Cataluña la firme convicción de no meterse en asuntos políticos<sup>67</sup>, pues, en Cuba necesitó hacer mayores equilibrios debido a la convulsa situación política provocada por los repetidos intentos de sublevación contra la Metrópoli. El proceso emancipador del resto de naciones americanas había despertado en la Isla un gran entusiasmo por la independencia, pero estos anhelos fueron reprimidos de forma despiadada, por temor a que la Isla caiga en manos de los esclavos negros, como había sucedido en Haití<sup>68</sup>.

Las sublevaciones fueron controladas pero la identidad nacional cubana se acentuó cada vez más entre los criollos, especialmente entre los intelectuales, escritores y personalidades de fuerte peso político y económico. Pese a tener raíces hispanas muy marcadas, sentían la distancia de una Metrópoli que, en 1837, había retirado a Cuba su condición de provincia española para someterla, como simple colonia, a la autoridad omnímoda de los capitanes generales. Las leyes liberales que gobernaban la Península no podían ser aplicadas en los territorios coloniales y, más aún, los diputados cubanos electos para las Cortes fueron excluidos de las mismas. Esta desafección hacia la Metrópoli iba a la par del interés que despertaba, cada vez más, la posibilidad de anexionarse a EE.UU., país cercano y emergente<sup>69</sup>.

La situación de Claret como arzobispo católico y español no fue nada fácil porque, por un lado había sido nombrado por el Papa para un servicio eclesial, pero, por el otro, era un oficial de la Corona, enviado por el Ministro de Gracia y Justicia, en un territorio colonial. Estamos refiriéndonos a una época en la que los poderes civiles y eclesiásticos se interferían y se apoyaban, sin una clara conciencia de una necesaria y legítima separación. Agravaba la complejidad del rol público del Arzobispo la amenaza de la influencia protestante que diversos grupos procedentes de los EE.UU. propagaban. En una época en que, aún, no se había sensibilidad de apertura al diálogo ecuménico, esta situación fue vivida con espanto y con espíritu de combate. Claret, en parte, fue consciente de estos condicionamientos culturales y religiosos<sup>70</sup>, pero su genial espíritu evangélico y misionero lo llevaron a trascenderlos en muchas ocasiones. Veamos a continuación un ejemplo bastante claro.

A pocos meses de llegar a la Isla, en agosto de 1851, el Arzobispo fue testigo del segundo desembarco de Narciso López Urriola<sup>71</sup> junto a 434 hombres para protagonizar uno de los intentos más importantes de sublevación a favor de la independencia. López fue vencido, capturado y condenado a garrote vil junto con otros tres. A los pocos días, el Arzobispo tuvo que pasar por Puerto Príncipe, lugar de la rebelión, donde tuvo que hacer muchos equilibrios para evitar el rechazo y la cerrazón de unos y de otros. Él mismo lo relató en su Autobiografía:

*“Empecé la misión (en Puerto Príncipe) y venían a ver si yo hablaría de las revueltas políticas en que se hallaba toda la isla de Cuba, pero singularmente la ciudad de Puerto Príncipe; pero al observar que yo jamás hablaba una palabra de política ni en el púlpito ni en el confesionario, ni en particular y privadamente, aquello les llamó muchísimo la atención y les inspiró confianza”<sup>72</sup>.*

Esta actitud prudente de no inmiscuirse en asuntos políticos espinosos, no le privó de la valentía de procurar la paz a toda costa. A pedido de los familiares de los condenados a muerte escribió dos cartas al Capitán General solicitando el indulto de los condenados. Lamentablemente no consiguió nada, pero nos quedó el testimonio de un hombre que, sin meterse en asuntos políticos para garantizar su libertad misionera, se comprometió con la paz y la reconciliación, dando propuestas de soluciones alternativas y expresando opiniones que podían ser iluminadoras en el discernimiento de esa delicada circunstancia social. En la primera carta aludió a su deber de defender el derecho a la vida: “¿cómo me tendré por buen pastor de este rebaño que el Señor me ha confiado, si no procuro por todos los medios posibles salvar la vida de esos infelices que, aunque rebeldes e inobedientes a las autoridades, son súbditos y ovejas mías?...” Más adelante dijo: “V.E. me dirá que según toda ley deben morir; lo conozco, señor; pero también diré que a veces median tales circunstancias que aquellas penas que deberían ser capitales se conmutan en destierro o presidio...”<sup>73</sup>.

En la segunda carta dio un paso más allá expresando su preocupación por el futuro del ambiente social de la Isla: “si se ejecuta esta sentencia, los ánimos siempre más quedarán rencorosos y nunca jamás sus corazones quedarán españoles, y únicamente lo serán por fuerza y en el exterior; maquinando de continuo en sus interiores y aprovechando las ocasiones exteriores...”<sup>74</sup>. Claret trata de no meterse en política, pero sabe que su presencia misionera le compromete con la defensa de la vida y la promoción de la paz.

#### *5.6. Esfuerzos sinceros y realistas en defensa de la dignidad de los esclavos*

Hemos llegado al tema más complejo e inhumano que Claret tuvo que afrontar en la Isla, el escándalo de la esclavitud. Conviene que nos detengamos, antes, en la realidad concreta que le tocó vivir porque si no corremos el peligro de sacar conclusiones superficiales sobre su actuación, ya sea juzgándolo por no haber hecho una denuncia profética clara y contundente o desvalorizando la significatividad de las acciones y los gestos concretos que hizo en favor de los esclavos.

La esclavitud ya había sido abolida en España en 1820, durante el Trienio Liberal, pero, en 1837, las Cortes decidieron que las leyes constitucionales no fuesen aplicadas en territorios españoles de Ultramar; la razón aducida era económica, así lo refirió explícitamente el general Leopoldo O'Donnell: “La esclavitud es

absolutamente indispensable si la Isla no ha de decaer rápidamente en su importancia y llegar a ser, en vez de beneficiosa, gravosa para el Estado dentro de corto número de años”<sup>75</sup>. Los grandes terratenientes y productores de azúcar y café, principales motores del auge económico, buscaban garantizar la mano de obra barata que les permitiese mantener costos competitivos en el mercado internacional. Pero el tráfico de esclavos no sólo favorecía a ellos, sino que contaba con una red internacional de gran envergadura que beneficiaba a muchos otros: por un lado, a los jefes tribales de las costas atlánticas africanas que vendían a sus propios hermanos<sup>76</sup>, y por el otro, a las empresas de mercaderes que hacían las gestiones y transportaban “la mercancía”; sin descontar a los capitanes generales y demás autoridades aduaneras que cobraban una cuota por cada esclavo que ingresaba. Entre 1829 y 1865 entraron más de medio millón de personas arrancadas de sus tierras y, concretamente, en 1835, unos 35 mil.

Aparte de esta razón económica, el mantenimiento de la esclavitud se fundamentaba en el fuerte temor de que los esclavos se independicen y *africanicen* la Isla, como ya lo habían hecho en Haití<sup>77</sup>. La prensa extranjera alimentó estos recelos y se creó un ambiente de pánico que terminó reprimiendo sin piedad cualquier tipo de movimientos revolucionarios provocados por gente de raza negra. La existencia de un partido político que pretendía la *africanización* de Cuba y los muchos brotes de rebelión que se dieron entre 1838 y 1845, llevaron a que estas sospechas cobren más fuerza y se considerase necesario evitar cualquier tipo de cambio en la legislación que regía el sometimiento de los esclavos.

Para evitar que los eclesiásticos se entrometan en esta situación, una ley les prohibía todo tipo de crítica pública a la legislación estatal so pena de destierro inmediato<sup>78</sup>. El clero había quedado tan atemorizado que, lamentablemente, se acostumbró con rapidez a esta tristísima situación, tanto así, que en las iglesias rurales se daban avisos de venta de esclavos después de la misa<sup>79</sup>. Entre los negros conservaban sus creencias y ritos oriundos, pero, oficialmente, debían ser bautizados como católicos y recibir catequesis, compromisos no se cumplían en la práctica porque los patrones los sometían a tal explotación que ni siquiera les quedaba tiempo para asistir al culto ni a la catequesis, además, así evitaban el peligro de que sus esclavos reciban algún tipo de formación, por más que ésta fuese religiosa.

Ciertamente, no podemos decir que Claret haya sido un luchador del abolicionismo, como lo fue en su época el hacendado Don Julio Vizcarrondo<sup>80</sup>, pero tampoco se puede juzgar su falta de pronunciamientos explícitos contra la esclavitud como un asentimiento de este gran pecado social, al contrario, visto, ya, el complicado contexto histórico en el que tuvo que moverse, podemos entender mejor sus valientes actuaciones y sus prudentes silencios.

El Arzobispo quedó espantado al encontrarse frente al sistema esclavista de Cuba; en una carta dirigida al P. Esteban Sala describe la impresión que le dejó de esta situación inhumana:

*“Los propietarios de negros son hombres que a sus esclavos los hacen bautizar, es verdad, pero en lo demás viven como brutos. Ellos mismos señalan el esclavo a la esclava, lo mismo que el caballo a la yegua y, a veces, y no pocas veces, ellos mismos y sus hermanos e hijos se copulan con sus esclavas negras, y éstos por supuesto son enemigos de misiones, religión y moralidad...”*<sup>81</sup>.

Varios de sus colaboradores testificaron en el proceso de beatificación que el Arzobispo rechazaba este mal: “Quiso abolir la esclavitud, pero no estando en su mano, trabajó mucho para hacerla más suave, ya exhortando a los amos, ya consolando a los esclavos”<sup>82</sup>. Claret sabía que si denunciaba públicamente este pecado social sería desterrado de inmediato, ya lo habían hecho con Julio Vizcarrondo. Además, sabía muy bien del sufrimiento de su archidiócesis por los 14 años de ausencia de su antecesor, que tuvo que huir por razones políticas con las nefastas consecuencias que supuso para la calidad del clero y de la evangelización. El Arzobispo tuvo que dejar a un lado los impulsos que le hubiesen podido llevar a denunciar públicamente la esclavitud para tomar una actitud más realista y práctica que le permitiese luchar con todos los medios que tenía a su alcance para dignificar a los esclavos y procurarles una vida mejor.

Una prueba de su desconcierto frente al sistema esclavista imperante y su deseo de emprender acciones que no fuesen aisladas ni imprudentes fue la consulta que hizo, en marzo de 1853, al obispo de La Habana, Mons. Francisco Fleix i Solans. Primero, le expresó su preocupación y la prudencia con la que había actuado: “Dios mediante, pienso acabar de visitar toda la diócesis antes de la Pascua... Hasta el presente no me he metido con esclavos; sólo he recogido a los que espontáneamente se me han presentado. En algunos lugares de esta diócesis la esclavitud está en el mayor relajo...”<sup>83</sup>. Y al final, formuló su desconcierto y su petición de consejo: “Espero de su bondad y celo que con sus superiores luces y experiencia que tiene me dirá de la manera con que me debo portar en esta materia tan delicada e importante”<sup>84</sup>.

La única estrategia que Claret vio viable fue la que había tomado san Pablo frente al mismo tema: dejar clara la dignidad humana de los esclavos como hijos de Dios y apelar a la caridad cristiana para mejorar su condición de vida. Cualquier otra iniciativa hubiese puesto en grave peligro el conjunto de su labor evangelizadora. En su Carta Pastoral dedicó un capítulo sobre *El cuidado de los hijos y esclavos*, donde con prudencia y astucia afirmó: “Son parte de la familia los criados, criadas, esclavos y esclavas...”<sup>85</sup>. A lo largo del capítulo desarrolló los deberes de los esclavos y de los amos, recordando de forma especial el listado de las leyes civiles ya promulgadas en favor de los esclavos, que si se hubiesen cumplido habrían dado fin al trato inhumano que recibían de sus amos<sup>86</sup>. Termina el capítulo dirigiéndose a los amos: “Según el autor Festo, esta palabra *familia* es tomada del nombre *Famel*, que quiere decir *esclavo*... para que se acordaran de las obligaciones que tenían, no solo con sus hijos, sino también con los esclavos, y que en todo se habían de portar como buenos padres...”<sup>87</sup>.

En su vida personal demostró que sí era posible tratar a los esclavos reconociéndoles su dignidad. A la hora de confesar y de dar la comunión no permitió que existiesen diferencias, al contrario, trató a todos por igual sean esclavos o libres y procuró que estén mezclados. Predicó tanto para esclavos como para libres y, más aún, se quejó de los amos que no dejaban que sus esclavos participasen de las misiones por el exceso de trabajo. También estableció que en los préstamos de las Cajas de ahorros no se hiciese acepción de personas. El P. Jaime Clotet dejó algunas sencillas anécdotas que demuestran la firme convicción del Arzobispo en favor de la abolición de toda diferencia racial. Entre ellas, cuenta que una señora pobre vino a pedirle dinero para comprarse una esclava y que Claret le respondió de

forma categórica: “Señora, el Arzobispo de Cuba no tiene esclavos, ni dineros para comprarlos”<sup>88</sup>.

Claret se entendió muy bien con el Marqués de la Pezuela, capitán general de la Isla, en sus propósitos y acciones de reprimir la trata de negros y de conseguir la paulatina abolición de la esclavitud. Cuando el Marqués publicó una serie de artículos en *El Diario de La Marina*, en los que exigía el cese del tráfico de esclavos y elogiaba la actitud del Arzobispo en esta misma línea, se revoloteó de tal manera el ambiente de los grandes mercaderes, que presentaron denuncias al Gobierno de Madrid acusando al Capitán General y al Arzobispo de abolicionistas. No demoró en llegar la amonestación del nuevo Gobierno, en noviembre de 1854, y el cambio del Capitán General en favor de un claro favorecedor de la trata de esclavos. Pese a todas estas intimidaciones, el Arzobispo no dejó de luchar por la igualdad de razas y la mejora del trato de los esclavos; así lo reconoció don Laureano Figuerola, célebre luchador de la causa de los negros, en un discurso que pronunció en la Sociedad abolicionista de la esclavitud: “si bien no era amigo del P. Claret, no podía dejar de aplaudirlo por lo que su excelencia hizo en Cuba en favor de los negros”<sup>89</sup>.

### 5.7. Inculturación y amor al pueblo y su idiosincrasia

Aunque el concepto de inculturación como “proceso de integración de un individuo o de un grupo, en la cultura y en la sociedad con las que entra en contacto”<sup>90</sup>, es relativamente reciente, encontramos, ya, en Claret rasgos que nos muestran a un misionero sensible y capaz de adaptarse a la nueva realidad cultural y social del pueblo. En primer lugar, resalto lo ya dicho sobre su atento estudio de la realidad que lo llevó a un análisis concienzudo de las bondades que debía aprovechar y los males que debía combatir. Claret cayó en la cuenta, de inmediato, que las Antillas no era Europa, se lo dijo tal cual a su amigo, el Obispo de Urgell, en una carta escrita en septiembre de 1853: “No se puede V. formar una idea de lo que es este país... Todos los planes hechos desde Europa no se pueden poner en práctica en América”<sup>91</sup>. Por eso, hizo un serio esfuerzo de adaptación a esa nueva realidad y no dudó en acercarse de forma inmediata al pueblo a través de la conversación directa en las visitas pastorales; así lo expresó al Capitán General, en una carta escrita al final de la primera visita pastoral: “Tal vez no hay rincón habitado en mi Diócesis que no haya visitado. Así puedo decir que conozco a mis ovejas, y que todas me conocen a mí, y que tal vez no hay mal que no haya palpado y estudiado para aplicarle el remedio por lo que a mí toca”<sup>92</sup>.

En segundo lugar, recojo el compromiso de Claret con el desarrollo social y cultural de Cuba a través de su participación en la *Junta de Amigos del País*. Se trataba de una institución laica fundada en tiempos de Carlos III, el rey ilustrado, para difundir las luces y fomentar el desarrollo de los pueblos, que, en 1787, se estableció en Santiago de Cuba. El Arzobispo no dudó en acercarse a ellos para ofrecerse como un miembro más y, luego, en aceptar el nombramiento de presidente. Aunque no contamos con las posibles actas de sus reuniones, sí sabemos por el mismo Claret lo siguiente: “nos reuníamos en el Palacio y nos ocupábamos todos de los adelantos de la Isla; procurábamos oficio a los muchachos pobres”<sup>93</sup>. Buscar el progreso de un pueblo es amar a su gente y su cultura y creer en sus posibilidades.

En tercer lugar, resalto la preocupación de Claret por las vocaciones nativas. Ante la urgente necesidad de un clero nuevo para su vasta diócesis, si bien solicitó a los obispos españoles que le enviaran seminaristas que se encontrasen cursando los últimos años de carrera para ordenarlos en su diócesis, él mejoró las condiciones del

seminario conciliar y apostó por la promoción de las vocaciones nativas. El P. Cristóbal Fernández escribió al respecto: “las esperanzas de un arreglo definitivo (de la falta de clero en su diócesis), aunque más lejano, teníanlas depositadas el P. Claret en el elemento indígena que había que reclutar y seleccionar, y después formar con todo el esmero, según las orientaciones apuntadas...”<sup>94</sup>. Claret apuesta por el clero nativo y se esfuerza por brindarles la mejor formación posible.

No podemos dejar decir, al mismo tiempo, que en otro momento, al hablar de las vocaciones para las Religiosas de María Inmaculada, Claret afirmó que más convenían las candidatas peninsulares a las cubanas<sup>95</sup>, y, después, al hablar de los candidatos que ingresarían al seminario excluyó, entre otros, a los de raza negra<sup>96</sup>. En estos datos vemos, claramente, los condicionamientos culturales que pesaban sobre Claret y que no le permitieron precisar las inconveniencias y los impedimentos concretos que veía en algunos grupos sociales para acceder a la vida sacerdotal y religiosa sin caer en las generalizaciones culturales tan asentadas en su tiempo, pero, también vemos cómo en muchos otros momentos supo superar estos condicionamientos para apostar por una inculturación del evangelio en esa nueva cultura que abrazó con amor misionero.

Finalmente, destaco la adaptación que consiguió Claret en su ministerio como escritor, ya que supo escoger los temas y el estilo que mejor le ayudasen a llegar al corazón de los cubanos, por ejemplo escribió sobre agricultura y otros temas que interesaban a la gente. Pero, sobre todo, llama la atención el interés que puso en que la edición y la presentación de los libros tuviesen en cuenta el gusto cultural del Caribe. En una carta dirigida al Director de la Librería Religiosa expresó:

*“Tenga la bondad de advertir a los encuadernadores que a los americanos les gustan mucho los colores claros y brillantes v.g. color de rosa, encarnado, claro o jaspeado, y por lo tanto que al corte de las hojas les dé siempre alguno de estos colores y al dorso o rótulo de marroquí u otro color encarnado y brillante, pues que ellos se les ha de prevenir con cosas bonitas. No se olvide V. de esta advertencia que ya tenía hecha desde el principio y según veo se les habrá olvidado pues que nos han enviado estos fúnebres que nos dan muchas pena”<sup>97</sup>.*

Más allá del efecto visual que buscaba, es importante percibir la preocupación del Arzobispo por captar el alma cultural de su gente y adaptarse a ella, signo de verdadera inculturación.

## **6. La vida íntima del Apóstol, un corazón apasionado hasta derramar la sangre**

Para conocer a fondo a una persona, necesitamos pasar de la información de sus actividades a la comprensión de las razones íntimas que le motivaban a emprenderlas. Claret en sus años de arzobispo de Santiago de Cuba vivió un proceso de maduración humana y espiritual muy significativo, es hora de preguntarnos por aquella fuerza interior que le hizo superar obstáculos, persecuciones, miedo, cansancio y lo alentó a la creatividad y a la audacia en la misión.

### *6.1. Una pasión unificadora e inspiradora: la caridad de Cristo*

El mismo Claret nos dejó su respuesta explícita en la introducción a la *Carta Pastoral al Pueblo*: “No lo dudéis, hijos, al Prelado que con atención se ocupa como debe, en



meditar lo que Jesucristo hizo y sufrió para salvar las almas, se le enciende en el corazón tal fuego, por medio de esta meditación, que no le permite sosegar ni descansar...<sup>98</sup>. Aquí está el secreto que le enciende el corazón: la experiencia del amor personal de Jesucristo. A continuación, el Arzobispo precisó, aún más, esta experiencia íntima: “el fuego que se enciende en la meditación de tal manera impele al Prelado, que se olvida de sí mismo y anda por donde le dirige el Espíritu del Señor, pudiendo decir como el Apóstol San Pablo: *Charitas Christi urget nos...*”<sup>99</sup>. La fecundidad de su ministerio episcopal no se puede explicar como simple cumplimiento de una función religiosa, sino, desde la apasionada respuesta a un amor personal que lo seduce y lo descentra de sí mismo para dejarse mover por el impulso del Espíritu que lo conduce por caminos nuevos de misión.

Claret, recién electo obispo, antes de viajar a la Isla, en medio de la recuperación de una delicada operación a la pierna en Barcelona, se dedicó a diseñar su escudo arzobispal. Sin duda, se convirtió en una buena ocasión para plasmar una síntesis de su camino vital. Claret escogió la sentencia paulina: “La caridad de Cristo nos urge”<sup>100</sup>. En la misma *Carta Pastoral al Pueblo* explicó el significado de esta frase: “Ya sabéis, hijos, que este mote es nuestro timbre, nuestra divisa y nuestro todo; pues que la caridad de Cristo nos ha hecho emprender tanto trabajo en visitaros, exhortaros, en catequizar y disponer vuestros corazones para administraros los santos sacramentos...”<sup>101</sup>.

El Arzobispo no tiene otro motivo para vivir, trabajar, orar y sufrir que la centralidad del amor de Cristo en su corazón. Se trata de una experiencia personal que, con los años ha ido madurando de forma dinámica. Ya en su Cataluña natal había sido seducido por el amor de Cristo misionero:

“Quien más y más me ha movido siempre es el contemplar a Jesucristo cómo va de una población a otra, predicando en todas partes, no sólo en las poblaciones grandes, sino también en las aldeas; hasta a una sola mujer, como hizo a la Samaritana, aunque se hallaba cansado del camino, molestando de la sed, en una hora muy intempestiva tanto para él como para la mujer”<sup>102</sup>.

En Cuba, la contemplación del Cristo misionero se ve enriquecida por otras dimensiones de la persona de Cristo que iluminan el nuevo ministerio que ha recibido. Fijémonos en uno que constituyó el más importante: la presencia de Cristo como el Buen Pastor que busca, conoce, ama y da la vida por sus ovejas. Es significativo que entre sus apuntes personales se encuentre el siguiente texto correspondiente a su llegada a Cuba:

**“Ingreso del Pastor.** *Yo soy el buen pastor y conozco a mis ovejas y ellas me conocen a mí* (Jn 10, 14). Jesucristo siempre hablaba con sencillez y parábolas, dice que es maestro, médico, pastor de almas. Cómo instruía, apacentaba y curaba su rebaño. Él se había de ausentar, por eso instituyó el Apostolado (los Apóstoles) y sus sucesores... Por eso el Señor me ha enviado a mí como pastor para cuidar de vosotros. Tres obligaciones: 1º *Vivir con vosotros...*, 2º *Vigilancia...* 3º *Apacentar las ovejas*. Todos los días procura darles los buenos pastos, comida y bebida. Comida corporal: ay, Hijos míos, todas mis rentas son vuestras yo haré todo lo posible. Dios sabe el amor que tengo a todos pero especialmente a los pobrecitos. Comida espiritual...”<sup>103</sup>.

La caridad de Cristo, el Buen Pastor, en Claret tiene una doble vertiente, por un lado, es la caridad que experimenta de parte de Cristo, que lo busca, lo seduce, lo salva y

le descubre la inmensidad del amor del Padre en el Espíritu, y, por el otro lado, es la caridad que despierta en él la pasión misionera. La caridad de Cristo lo mueve a emprender acciones sociales como una expresión del amor del Buen Pastor que busca a las ovejas perdidas, que alimenta a las hambrientas, que cura a las heridas, que se enfrenta con los lobos y que está dispuesto a dar la vida derramando su sangre.

La caridad de Cristo en Claret no es una idea difusa o un sentimiento intermitente, sino una gracia que acoge con gratitud en su corazón y que conserva y trata de aprovechar con responsabilidad a través de medios y propósitos concretos, como la recepción de los sacramentos, la meditación de cada día, la *lectio divina*, las lecturas espirituales, el cultivo de las virtudes, etc. Esta experiencia unifica toda su existencia, a tal punto que lo hace vivir siempre en la presencia de Dios, aún en medio de los ajetreos de sus funciones ministeriales y sus muchos asuntos sociales. Entre los apuntes del P. Antonio Barjau, familiar del Arzobispo en Santiago de Cuba, se encuentra un propósito que Claret propuso a su clero en una plática sobre la espiritualidad sacerdotal y que puede iluminar muy bien este carácter místico que va adquiriendo su vida en medio de su impresionante acción misionera:

*“Hacer como Santa Catalina, que, por consejo del mismo J.C., se fabricó la celdita en su corazón y se decía a menudo: Deus cordis mei... No debemos nunca quejarnos por estar en medio de los negocios de los prójimos, cuidando de su salvación y parecernos así que no cuidamos de nosotros mismos; hagamos como Santa Catalina, la celdita y, en medio del tráfico del mundo, estaremos en la presencia de Dios”<sup>104</sup>.*

Cuando llegó a Madrid, al finalizar los Ejercicios Espirituales de 1857, escribió como primer propósito: “Tendré una capilla fabricada en medio de mi corazón, y en ella día y noche adoraré a Dios con un culto espiritual...”. A continuación especifica la unidad místico-apostólica de este propósito: “Mi alma, como María, estará a los pies de Jesús escuchando sus voces e inspiraciones, y mi carne o cuerpo, como Marta, andará con humildad y solicitud obrando todo lo que conozca ser de la mayor gloria de Dios y bien de mis prójimos...”<sup>105</sup>. La experiencia misionera en Cuba le ha dejado una madurez espiritual honda e integral, que nos deja clara la posibilidad de unificar la existencia misionera en el amor que recibimos y damos.

## *6.2. La crisis y el martirio como parte del camino pascual*

Este proceso de maduración no es una gracia recibida en medio de arrebatos místicos empalagosos, sino un don y una tarea vividos en medio de los problemas sociales y de las consecuencias de la lucha contra el pecado y la injusticia. El Arzobispo no se hizo el ciego, al contrario, ya lo hemos constatado, estudió la realidad, puso nombre a los males que debía enfrentar y emprendió una serie de acciones para transformar esa realidad en la medida de sus posibilidades; era natural, que todo esto le llevase a correr la misma suerte que su Maestro: sufrir calumnias, persecuciones e intentos de asesinato.

No pensemos que Claret fue un hombre de acero al que los problemas le resbalaban o no le afectaban en su interior, no fue así. En Cuba, pasó por varios momentos de crisis, pero sólo quiero referirme a dos, que le llevaron a plantear la posibilidad de su renuncia. El primero fue al finalizar la primera visita pastoral, en abril de 1853. Escribió al nuncio Brunelli: “al mismo tiempo pienso escribir a Su Santidad y a la Reina N.S. sobre el poder renunciar y retirarme a mi colegio de Cataluña, o bien a la

Compañía de Jesús, si me quieren, porque estoy cansado de ser Arzobispo y ya he cumplido con mi misión en esta Isla<sup>106</sup>. Unos días después, escribió a su amigo D. José Caixal, recién consagrado obispo de Urgell, diciéndole sobre su nuevo ministerio:

*“Dios le dé más gusto que a mí, pues le aseguro que para mí es una carga muy pesada y amarga. En los Ejercicios y cada día en la oración hago propósito de conformarme con la voluntad de Dios; pero entre día, en cada instante, casi me olvido de tal propósito y me vienen ganas de sacudir el yugo y de escaparme y huirme. Dios me dé fuerzas para hacer su santísima voluntad”<sup>107</sup>.*

En estas mismas fechas, en una carta al Capitán General le transmitió su malestar y su deseo de renunciar, pero esta vez expresó sus razones: “le diré algunas de mis penas que me parten el corazón...”<sup>108</sup> y, a continuación, enumeró los obstáculos que había encontrado en su lucha contra los amancebamientos y en las excusas de los blancos para no asumir las responsabilidades de los matrimonios mixtos. Claret sufrió las consecuencias de unos males sociales que aplastaban su esperanza y le hacían dudar de la eficacia de su presencia como arzobispo. No sabemos si llegó a enviar o no las cartas de renuncia al Papa y a la Reina, pero sí sabemos que en los propósitos de 1854 escribió: “Conformarme enteramente a la voluntad de Dios. Sin pensar ni pedir renuncia..., sino dejarme enteramente a lo que Dios disponga de mí... No desmayaré... No desistiré por las persecuciones, calumnias ni contradicciones; cuantas más, mejor...”<sup>109</sup>. Claret no se dejó doblegar por el miedo, ni el cansancio, ni las dificultades, al contrario, confió y se puso de pie para continuar con su misión.

El otro momento, más intenso, fue en febrero de 1856, que podría calificarse como *la cúspide* de un proceso martirial anunciado. Fue un tiempo lleno de dificultades, sufrimientos y persecuciones. Ya sabemos que el 1º de febrero en Holguín sufrió el más cruento y significativo: un navajazo, que buscaba cortarle la yugular, le partió la mejilla izquierda y le cortó parte del brazo derecho. ¿Por quién fue enviado el sicario? No lo sabemos, hay varias conjeturas, quizás algún amancebado despechado o algún blanco opuesto a los matrimonios mixtos o algún sacerdote resentido por las correcciones del Arzobispo o algún hacendado o comerciante de esclavos receloso del trato que Claret pedía para con los esclavos, etc. En cambio, sí sabemos que esta situación lo llevó a pasar un prolongado y duro tiempo de convalecencia y a consultar sobre su posible renuncia al Papa. En la extensa carta del 23 de febrero, le dijo:

“Con la gracia del Señor, yo estoy dispuesto, Smo. Padre si así es la voluntad de Dios; pero no quisiera ser temerario, y ponerme a permanecer voluntariamente en el peligro. El hombre que me ha herido es un forastero, que ni me conoce personalmente... no salió de su corazón la maldad, sino que le fue sugerida... Yo, pues para conocer la voluntad de Dios acudo a S.S. a fin de que se digne indicarme qué debo hacer, si renunciar y retirarme, o bien continuar hasta consumir el Sacrificio”<sup>110</sup>.

En este lúcido discernimiento, abierto a la voluntad de Dios, el Arzobispo expresa sus temores y, al mismo tiempo, sus anhelos de ser fiel hasta “consumir el Sacrificio”. El Papa le contestó que permaneciese en su puesto. Vinieron tiempos difíciles, pues, la convalecencia fue complicada y los médicos le prohibieron predicar durante un buen tiempo y varios de los sacerdotes de sus equipos tomaron la decisión de volver a la Península o de ingresar a algunos institutos religiosos.

Además, el trabajo en el proyecto de la Casa de Caridad, en Puerto Príncipe, que tanto le ilusionaba, tuvo que posponerse. El Arzobispo tenía muchos motivos para estar deprimido y, quizás, así fue, pero llama la atención que no se dejó amedrentar, pues en plena convalecencia recibió, como una gracia, la idea de la Academia de San Miguel y en septiembre de ese mismo año emprendió la cuarta visita pastoral a su archidiócesis, que tuvo que interrumpirla, cuando la Reina lo llamó a Madrid, en marzo de 1857.

El sufrimiento de las consecuencias de la misión en su propia carne y el martirio como una posibilidad constante en su vida, se convirtieron para Claret en ese camino hacia Jerusalén que, si bien le podía provocar miedo y espanto, lo emprendió con decisión, como el Buen Pastor que no dudó en abrazar la cruz. La caridad de Cristo se convirtió en la fuerza para superar estos obstáculos y seguir anunciando el Evangelio de la justicia y la paz a riesgo de su propia vida.

### **III. El retorno de Cuba: una nueva manera de vivir la misión**

Hemos acompañado a Claret durante los seis años y dos meses de su residencia en su Sede santiaguera. El 12 de abril de 1857, embarcó en la fragata *Pizarro*, desde La Habana, rumbo a la Península. Nosotros también le seguiremos en este viaje, pero con un itinerario diferente, volveremos a nuestros propios destinos con los desafíos que nos ha dejado su testimonio. En esta última parte, quiero resaltar, a modo de conclusión, algunos puntos históricos sobre el retorno de Claret a España y algunos otros, de cara a la reflexión sobre nuestra misión claretiana hoy.

#### **1. Una mística misionera y apocalíptica que urge al compromiso social**

Una vez, le escuché decir al P. Josep Vilarrubias, que el actual Arzobispo de Santiago de Cuba, cuando vino a Vic para celebrar el bicentenario del nacimiento de Claret manifestó que los claretianos aún no habíamos aprovechado bien toda la riqueza del trabajo social de Claret en Cuba. Pienso que la desafiante realidad social de Cuba dejó tal impronta en la identidad misionera de Claret que su espiritualidad se hizo más honda y su misión alcanzó horizontes sociales más amplios. Os invito a constatarlo en dos aspectos fundamentales de su vida.

##### *1.1. La apocalíptica como fuente de confianza y aguijón apostólico*

Claret, en febrero de 1857, antes de viajar a la Península, en una lista de los principales acontecimientos de su vida que tituló *Reseña de vida*, anotó: *“Conocimiento: Ángel del Apocalipsis, 2 de septiembre de 1855”<sup>11</sup>. Esta enigmática revelación no será aclarada sino hasta pasados cuatro años, así lo explicó él mismo en su autobiografía:*

*“En el día 24 de septiembre, día de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de la Merced, a las 11 ½ del día, el Señor me hizo entender aquello del Apocalipsis X, v.1. Vi también otro ángel valeroso bajar del cielo revestido de una nube, y sobre su cabeza el arco iris, y su cara era como el sol, y sus pies como columnas de fuego; el cual tenía en su mano un libro abierto, y puso su pie derecho sobre el mar, y el izquierdo sobre la tierra (primero en su diócesis en la Isla de Cuba y después en las demás diócesis). Y dio un grande grito, a manera de un león cuando ruge. Y después que hubo gritado, siete truenos articularon sus voces. Aquí vienen los hijos de la Congregación del Inmaculado Corazón de María; dice siete, el número es indefinido; aquí quiere decir todos. Los*

*llama truenos porque como truenos gritarán y harán oír sus voces; también por su amor y celo como Santiago y San Juan, que fueron llamados hijos del trueno...*"<sup>112</sup>.

El día anterior había recibido una iluminación sobre el texto de Ap 8, 13: "Entonces miré y oí la voz de un águila". Percibió que el Señor le dijo: "Volarás por medio de la tierra o andarás con grande velocidad y predicarás los grandes castigos que se acercan"<sup>113</sup>. A continuación, mencionó los tres castigos: primero, el protestantismo y el comunismo; segundo, el amor a los placeres, el amor al dinero, la independencia de la razón y la independencia de la voluntad; y tercero, la grandes guerras y sus consecuencias. Seguro, que esta lista de "castigos" nos resulta chocante, pero en una época tan convulsa, la Iglesia no tenía ni la paz ni la clarividencia necesarias como para elaborar análisis más perspicaces. Muy pocos teólogos tuvieron agudeza al respecto, la mayoría vieron en estos "castigos" amenazas que ponían en peligro la relevancia social de la Iglesia y sus posibilidades de anunciar el Evangelio al pueblo sencillo<sup>114</sup>.

En todo caso, con la iluminación recibida en Cuba, en 1855, Claret empezó a desarrollar una mística apocalíptica de su vocación y de su misión con repercusiones sociales que también alcanzó a los miembros de su Congregación. Esta gracia personal y comunitaria le permitió comprender, con paz interior y sentido realista<sup>115</sup>, que él y sus misioneros eran mensajeros escogidos por Dios para anunciar su Palabra. Así, se les abrieron horizontes misioneros universales y se les ahondó la convicción de luchar contra los males que se oponían al Reino sabiendo que el poder de Dios les garantizaba la victoria final.

### *1.2. Ungido y enviado para evangelizar a los pobres*

En pleno viaje de regreso a la Península, Claret escribió, en sintonía con los apuntes que le entregó la M. Antonia París, su obra *Apuntes de un plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, que recogía su propia experiencia episcopal, dirigida a los obispos de toda España. Llama la atención que entre las obligaciones de los obispos colocase una síntesis lo que fue su propio plan de acción para atender a los más pobres y necesitados: "1º Visitar y socorrer a los pobres, enfermos y encarcelados... 2º Asistir a quienes estén sanos, a los pobres, huérfanos, viudas y ancianos... 3º Procurar que los huérfanos y abandonados tomen arte, oficio, estado pensando que el Prelado es Padre de los pobres"<sup>116</sup>. Claret no sólo se fija en la parte asistencial, tan típica en su época, sino que también urge a los obispos a que sean padres que velan por la promoción humana y cultural de quienes más lo necesitan para que lleguen a ser personas que se valgan por ellas mismas en la sociedad, estamos ante una llamada a la promoción de la justicia social desde la educación y la capacitación laboral.

En la autobiografía, a continuación de la iluminación del Ángel del Apocalipsis, Claret dejó constancia de otra gracia recibida a través de la Palabra para sí mismo y para sus misioneros. Fueron dos textos bíblicos que le descubrieron la presencia del Espíritu en su vida y misión. El primero: "No sois vosotros quienes habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre (y de vuestra Madre), el cual hablará por vosotros" (Cf. Mc 3,17). Y termina el relato autobiográfico presentando el segundo texto: "Por manera que cada uno de nosotros podrá decir: "El Espíritu del Señor reposó sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su unción divina y me ha enviado a dar buenas nuevas a los pobres, a curar a los que tienen el corazón contrito" (cf. Lc 4, 18)"<sup>117</sup>.

Claret, en plena madurez de su vida, recibe la gozosa confirmación de que su misión no es un trabajo personal que ha realizado con mayor o menor acierto, sino la participación de la única misión de Cristo, que por la fuerza del Espíritu, es ungido y enviado a evangelizar a los pobres. Claret se descubre a sí mismo y a cada uno de los misioneros que participan de su espíritu, como hombres enviados por Dios para dar buenas nuevas a los pobres. Durante los 12 años que estuvo de Confesor real, nunca dejó de atender a los más necesitados<sup>118</sup> y de emprender acciones que iban más allá de la simple asistencia social, como el promover la cultura y la educación a través de la Academia de San Miguel, las Bibliotecas Populares y las diversas entidades educativas del Monasterio de El Escorial. En París, además de atender a la Reina, encontró tiempo para atender a los emigrantes de habla hispana, que se encontraban en lamentables condiciones de vida<sup>119</sup>. La solidaridad, la educación, la promoción humana, social y cultural formarán una parte indefectible de su anuncio misionero del Evangelio hasta el final.

## **2. Pistas para dialogar sobre el estilo carismático de nuestro compromiso social**

Al finalizar este largo viaje con nuestro Fundador, cada uno de vosotros habrá recibido diversas impresiones y podrá sacar sus propias conclusiones. Por mi parte, he intentado clarificar el sentido que tuvo para Claret la promoción social en el contexto de su acción misionera como obispo en Santiago de Cuba. Sólo me resta proponer, en forma de conclusiones, algunas pistas que nos puedan ayudar a recoger lo recorrido.

Como ya he indicado, Claret se sintió en continuidad con la acción social de otros evangelizadores que entregaron su vida en el continente americano antes que él, entre ellos, Bartolomé de la Casas, defensor de la dignidad humana y promotor de la justicia y la paz. Claret es uno más, entre muchos hombres y mujeres de Dios, que con su vida y misión tuvieron la osadía de abrir caminos nuevos para el anuncio del Evangelio, sin quedarse encasillados en los acostumbrados reductos de la vida intra-elesial y sin evadirse de la compleja realidad social que les tocaba vivir. Fueron testigos de la fuerza del Espíritu que los impulsaba a encarnar la Palabra en la vida de los pueblos y las personas.

La Iglesia, a lo largo de estos dos últimos siglos, ha recorrido diferentes itinerarios que le han permitido conseguir una comprensión más lúcida y evangélica de su identidad y su misión. La Iglesia es consciente de que no es la protagonista de la misión, sino que coopera con la acción liberadora del Espíritu<sup>120</sup> que desborda los límites y las fuerzas eclesiales para hacer presente el Reino en el mundo. Y es consciente, también, de que toda evangelización, para ser fiel a Jesús de Nazaret, ha de comportar una opción preferencial por los pobres que vaya más allá de las acciones caritativas para comprometerse con una transformación de las estructuras políticas y sociales que promuevan la justicia y la paz.

El Papa Francisco, al hablar del lugar de los pobres en la nueva evangelización, dice:

*“La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas (de los pobres) y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero*

*también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos*<sup>121</sup>.

Nosotros nos sentimos interpelados, en esta hora de nueva evangelización, por el testimonio misionero de Claret que supo vivir esta cercanía con los pobres, tal como nos pide el Papa. No podemos dar las mismas respuestas que Claret dio en su tiempo, por más clarividentes y adelantadas que hayan podido ser. Pero su testimonio, sí, puede inspirarnos para anclarnos en el centro del Evangelio y para ser más audaces y creativos en nuestras respuestas misioneras. Es hora de preguntarnos: ¿Qué haría Claret hoy? ¿Qué desafíos asumiría? ¿Cómo lo haría en estos nuevos tiempos? De alguna manera nuestros Capítulos Generales han respondido a estas preguntas con lucidez y valentía. Por mi parte, ahora, lanzo algunas propuestas de rasgos del estilo claretiano de trabajo en JPIC a la luz del testimonio de Claret en Cuba.

### *2.1. Testigos del amor preferencial de Dios por los pobres*

El compromiso social de Claret no brotó de adhesiones a proyectos políticos ni de deseos puramente filantrópicos; él se sintió llamado por Dios para ser su misionero y, desde esa vocación particular, amó intensamente a su pueblo. La caridad de Cristo, la unción del Espíritu, la fuerza de la Palabra y de la Eucaristía y la presencia maternal del Corazón de María lo llevaron a vivir su ministerio episcopal con un fuego misionero que lo urgían a estar atento a las cosas del Padre y, por lo tanto, a las necesidades de sus hijos más necesitados. De allí brotó su incansable afán por ofrecer a todos, especialmente a los más pobres, el pan de la Vida integral: la Palabra, la Eucaristía, la catequesis, el pan, la dignidad, la educación, la justicia, el trabajo, etc.

Los Claretianos no somos trabajadores de una empresa humanitaria multinacional, sino, hombres seducidos por la caridad de Cristo y ungidos por su Espíritu para evangelizar a los pobres. Somos hijos del Corazón de una Madre, con una espiritualidad misionera propia, que nos hace arder en la caridad y que unifica nuestra existencia en Dios. Somos, ante todo y por sobre todo, misioneros fascinados por un amor que nos hace sensibles a las realidades que claman al cielo y reclaman el anuncio del Evangelio. Es importante no dejar que nos roben, o que enturbien, nuestra identidad misionera de testigos de la primacía de Dios; es muy tentador pasar a ser meros funcionarios que trabajan por los pobres y dejarnos seducir por criterios opuestos a los del Evangelio. Necesitamos alimentar las fuentes de nuestra espiritualidad misionera.

### *2.2. Gestos y acciones que confirman la Palabra anunciada*

Claret fue seducido por la Palabra, es más, fue ella quien lo arrancó del mundo, quien le mostró su vocación, quien lo fortaleció frente a las dificultades y quien lo condujo por senderos de mística misionera. Claret no era un simple propagador de doctrinas, sino un testigo de una Palabra que le había liberado y vivificado y quería que todos disfrutaran de ella. Sabía que esa Palabra no podía quedar en meras palabras que se las llevase el viento, por eso las puso por escrito en múltiples obras, pero, sobre todo, las puso en práctica a través de acciones misioneras concretas que se convertían en gestos de la eficacia de la Palabra de Vida en medio del pueblo, allí adquieren su verdadero sentido sus acciones de promoción humana.

Como misioneros no podemos contentarnos con el anuncio de palabras bien dichas, no es suficiente; necesitamos que nuestra predicación de la ternura del Padre y de la dignidad de sus hijos vaya acompañada de una unción que nos muestre como testigos creíbles de lo que anunciamos y, también, que vaya acompañada de gestos concretos que sean portadores de justicia, paz y vida para todos, especialmente para quienes más lo necesitan. No podemos anunciar palabras de consuelo sin hacer el esfuerzo de convertirnos en medicina saludable donde la vida pelagra.

### *2.3. En comunidad misionera y en medio de redes de solidaridad*

Claret no emprendió proyectos apostólicos y sociales de forma solitaria, al contrario, siempre lo hizo en equipo misionero, más aún, pudiendo vivir solo prefirió vivir en comunidad con sus colaboradores. Esta comunidad aunque no fue una Casa-misión claretiana propiamente dicha, estuvo impregnada de su estilo, así lo expresó Claret en una carta escrita a fines de 1851 al Obispo de Vic: “hago y hacen todos mis compañeros el mismo modo de vivir que en la Merced”<sup>122</sup>. Con el ejemplo de “la colmena”, Claret se refirió al estilo de vida común que llevaban: una fraternidad centrada en la llamada de Dios y enviada a anunciar el Evangelio con palabras y gestos de vida<sup>123</sup>. Claret fue mucho más allá, además de vivir y trabajar en comunidad, supo establecer redes de trabajo apostólico-social con otros: los sacerdotes, los laicos, las autoridades civiles y políticas, la Junta de Amigos del País, etc. Claret, como buen tejedor, supo hilar redes estratégicas que hiciesen más eficaz la fuerza humanizadora del Evangelio.

Nuestro don particular en la Iglesia supone la comunidad, que vivida en clave misionera se convierte en nuestro primer grito profético, es decir, en el primer anuncio de la fuerza humanizadora de Dios que es capaz de hacernos hermanos y nos lanza como testigos de fraternidad universal. Sin asumir el desafío de vivir la fraternidad en casa será poco creíble nuestro propósito de ayudar a construir un mundo más justo y solidario; allí radica nuestro don peculiar que enriquece la misión compartida con otros. También necesitamos trabajar en redes eclesiales y en redes sociales de alcance local, regional y mundial, la misión del Espíritu supera nuestros límites congregacionales y nos invita a unirnos a otros que desde distintas confesiones o actitudes existenciales buscan la justicia, la paz y la vida para todos.

### *2.4. En las fronteras geográficas, sociales y culturales de la misión*

Claret podría haber vivido en la tranquilidad de su palacio episcopal o del palacio real, pero prefirió salir a las fronteras para encontrarse con los pobres, es más, ya hemos leído aquel testimonio que decía: “su casa parecía la casa de los pobres”. Claret tuvo a los más pobres en lo más profundo de su corazón y se entregó a ellos en su tiempo, en su predicación, en la distribución de su dinero y en la gestión creativa y audaz de su ministerio. Trabajó con ahínco contra la pobreza, las injusticias, la violencia y la destrucción. Por eso, perdió la posibilidad de una vida tranquila y sufrió calumnias y persecuciones, hasta el punto de derramar su sangre martirial. Claret no se refugió en estructuras que lo protegiesen del peligro, la caridad del Buen Pastor le urgió a salir de sus seguridades para ir a buscar en las periferias a las ovejas más débiles, a las perdidas y a las más amenazadas por los lobos.

¿Cuáles son las nuevas esclavitudes, las nuevas pobrezas, las nuevas ignorancias, las nuevas injusticias que Claret enfrentaría hoy? Nos corresponde preguntarnos a nosotros, como herederos de su mismo espíritu misionero ¿quiénes son los más



pobres, los más necesitados y los más marginados de hoy? ¿Cuáles son las nuevas fronteras geográficas, sociales y culturales de la misión? Es verdad que no nos corresponde remediar todos los males de este mundo, ni siquiera como Claret hacernos cargos de las necesidades de toda una diócesis. Pero, sí podemos discernir cuáles son los males más acuciantes que no pueden dejarnos indiferentes como hijos del Corazón de María. ¿Quiénes son las personas y cuáles los lugares que más necesitan de nuestra cordialidad misionera? Se necesita mucho olfato misionero y discernimiento personal y comunitario. Sin duda, nuestra tradición nos dará algunas pistas para no caer en la dispersión y, al mismo tiempo, para tener la libertad de espíritu para no cerrar los ojos a las necesidades particulares que surgen en cada lugar y época.

### *2.5. Atentos a la realidad, a los signos de los tiempos*

Claret supo reconocer de inmediato que Cuba era una tierra diferente a la que se había acostumbrado a vivir en la Península, por eso, se dedicó a estudiarla y analizarla a fondo. Superando esquemas propios de los eclesiásticos de su época, Claret no aplicó lo mismo de Europa en América, supo contextualizar su acción misionera a partir de un análisis lúcido de la realidad. Trató de leer, en contacto directo con la gente, cuáles eran sus preocupaciones y necesidades para descubrir cuáles eran los males que debía combatir y las bondades a aprovechar. Claret no dio golpes de ciego, de su lectura de la realidad con ojos misioneros brotó un plan misionero integral con una línea de acción social bastante sólida y eficaz.

Nosotros vivimos una época en la que las ciencias sociales nos permiten ser más conscientes de nuestra propia mentalidad política y de nuestros condicionamientos culturales para abrirnos a un análisis de la realidad más clarividente. Es más, el concilio Vaticano II nos ha animado a leer como cristianos los signos de los tiempos, como signos de la presencia del Espíritu que quiere guiarnos en la misión que Dios realiza y en la que nosotros colaboramos como misioneros de la Palabra de Vida. No podemos emprender ninguna acción misionera sin un profundo estudio de la realidad que nos lleve a comprenderla mejor, a amarla y a elegir los mejores medios para transformarla según los valores del Reino.

### **2.6. Estrategias que van desde la caridad hasta la transformación de las estructuras**

“Si bien el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política, la Iglesia no puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia. Todos los cristianos, también los Pastores, están llamados a preocuparse por la construcción de un mundo mejor”<sup>124</sup>. Al leer estas palabras del Papa Francisco, se confirma en nosotros cómo Claret fue uno de esos pastores verdaderamente preocupados por construir un mundo mejor, no lo hizo de cualquier forma, Claret supo elaborar un plan de acción social que permitiese que su trabajo evangelizador afecte de forma real la vida social del pueblo de Dios. Supo moverse al nivel de la caridad y de la solidaridad para atender las necesidades más urgentes de los más pobres que tocaban a sus puertas, pero, también, supo desenvolverse en los ámbitos de la transformación de estructuras económicas, políticas y sociales de su entorno para favorecer nuevas condiciones que promuevan la justicia y la paz, como fueron la Casa de la Caridad, las Cajas de ahorro, las propuestas de reforma agraria, la colaboración en la Junta de Amigos del País, etc.

Como Claretianos sabemos muy bien que la caridad y la solidaridad, tan presentes en nuestra tradición congregacional, son expresiones de una pasión misionera que, junto al anuncio de la Palabra, busca dar vida abundante a todos, especialmente a los más necesitados. Pero, como dice el Papa Benedicto XVI, la caridad “no es sólo el principio de las micro-relaciones, como en las amistades, la familia, el pequeño grupo, sino también de las macro-relaciones, como las relaciones sociales, económicas y políticas”<sup>125</sup>. En las últimas décadas hemos tomado mayor conciencia de la importancia de asumir con otros el compromiso por la promoción de la justicia, de la paz y de la integridad de la creación, no como un trabajo particular de algunos claretianos, sino como una exigencia de nuestra vocación cristiana y una forma de vivir los valores del evangelio de filiación y fraternidad en clave misionera. Nuestra Congregación ha dado grandes pasos en este sentido y el testimonio de Claret nos invita a comprometernos más a fondo en la defensa de los derechos humanos, en la promoción de una economía más justa y solidaria, en la inclusión social de los más pobres y marginados, en la atención de los migrantes, en el diálogo ciudadano y religioso, etc.

### *2.7. Medios realistas, prácticos y eficaces*

Claret, como buen sallentino estuvo dotado del conocido *seny*<sup>126</sup> catalán, que lo constituyó en un hombre práctico, de análisis claro, de criterios ponderados y de soluciones creativas. Claret supo aplicar las estrategias adecuadas para remediar las necesidades que descubría, no se quedó en sueños irrealizables ni en minucias insignificantes, supo tener amplitud de miras y fortaleza de espíritu para emprender acciones misioneras osadas. Se lanzó y se arriesgó, sin dejarse aplastar por miedos, complejos y dificultades, por eso ha quedado en la historia como un apóstol moderno que rompió los moldes del típico eclesiástico de su época. Se valió de todos los medios posibles y dentro de ellos eligió aquellos que le permitían mayor eficacia apostólica.

El trabajo en la promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación, por su complejidad y hondura, nos exige, de forma especial, ser lúcidos, realistas y prácticos, tal como lo fue Claret. Vivimos una época en que los problemas son numerosísimos, mucho más, en tiempo de crisis y en lugares concretos donde todas las realidades sociales nos desafían como misioneros. ¿Qué hacer? ¿Por dónde comenzar? ¿A quiénes atender?

Aquí dejo abierta la puerta del diálogo fraterno para completar nuestra reflexión sobre el estilo claretiano que buscamos.

---

<sup>1</sup> BENEDICTO XVI, *Encíclica Caritas in veritate*, nº 22.

<sup>2</sup> MISIONEROS CLARETIANOS, *Hombres que arden en caridad. Llamados a vivir nuestra vocación misionera hoy*, Roma 2009, nº 58.3.

<sup>3</sup> Para mirar el conjunto de su acción social a lo largo de su vida recomiendo los siguientes estudios: Francisco, *San Antonio María Claret: su programa apostólico liberador: Claretianum*, XIX (1979), 227-257; PALACIOS, Jesús M<sup>a</sup>, *La acción social de san Antonio María Claret. Studia Claretiana*, XXV (2010), 9-59. Para tener una visión más completa de la presencia misionera de Claret en Santiago de Cuba se puede acudir a: LEBROC, Reynerio, *San Antonio María Claret, Arzobispo Misionero de Cuba*, Madrid, 1992.

<sup>4</sup> “Adj. despect. Anticuado, pasado de moda” (REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, versión electrónica: avance de la trigésima edición).

<sup>5</sup> SAN ANTONIO MARÍA CLARET, *Autobiografía y escritos complementarios*, Buenos Aires, 2008, nº 495. (A partir de ahora se citará como *Aut.* cuando haga referencia a algún número concreto de la Autobiografía y como *A.E.C.* cuando se refiere a alguna otra página del libro).

<sup>6</sup> GIL, José M<sup>a</sup>, *Epistolario Claretiano I*, Madrid, 1970, pp. 304-305. (A partir de ahora se citará como *E.C.*, seguido del número del volumen correspondiente y la paginación correspondiente).

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 306.

<sup>8</sup> *Aut.*, nº 496.

<sup>9</sup> Las personas consultadas fueron: D. Jaime Soler, rector del seminario y vicario general capitular de Vic; D. Jaime Passarell, secretario del obispo Casadevall; D. Pedro Bach, director espiritual de Claret; y D. Esteban Sala, el cofundador claretiano de más confianza (Cf. CLOTET, Jaime, *Notas para los Anales*, citado en FERNÁNDEZ, Cristóbal, *El Beato Padre Antonio María Claret*, Madrid 1947, pp. 565).

<sup>10</sup> *E.C.*, I, p. 321.

<sup>11</sup> Recordemos los principales pasos vocacionales: el discernimiento en Barcelona, el intento de ser monje cartujo, la marcha a Vic para formarse como sacerdote, los cuatro años de cura en su parroquia natal, el viaje a Roma para ofrecerse a las misiones extranjeras, el intento de hacerse jesuita y, por fin, el retorno a Cataluña, donde fue enviado como coadjutor en la parroquia rural de Viladrau.

<sup>12</sup> *Aut.*, nº 497.

<sup>13</sup> *Ibid.*, nº 500-501. Durante este tiempo de estadía en Barcelona sucedió aquella conocida anécdota en la que un grupo de universitarios, sorprendidos de verle tan activo y sin descanso en la predicación, le preguntaron cómo podía trabajar tanto sin rendirse a la fatiga, y él les contentó: “Enamórense ustedes de Jesucristo y de las almas, y lo comprenderán todo y harán mucho más que yo.” (Cf. *A.E.C.*, p. 357, nota nº 10).

<sup>14</sup> *Aut.*, nº 504.

<sup>15</sup> *Ibid.*, nº 509.

<sup>16</sup> *E.C.*, I, p. 469.

<sup>17</sup> Cf. *Ibid.*, I, pp. 517, 529.

<sup>18</sup> *Ibid.*, I, p. 647.

<sup>19</sup> THOMAS, Hugh, *Cuba, la lucha por la libertad, 1762-1909*, Barcelona, 1973, p. 153.

<sup>20</sup> Durante el siglo XIX español se desarrollaron tres guerras civiles llamadas “carlistas”, en las que se enfrentaron dos bandos: el “carlista” (conservadores) y el “isabelino” (liberales), según sea el pretendiente al Trono que apoyaban.

<sup>21</sup> *E.C.*, I, pp. 704-707.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 650.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 706.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 620.

<sup>25</sup> *Aut.*, nº 358.

<sup>26</sup> *Ibid.*, nº 359.

<sup>27</sup> *Ibid.*, nº 363.

<sup>28</sup> Carta del P. Juan Nepomuceno Lobo al P. José Xifré, 22 de enero de 1880. El original de la carta se conserva en el *Arxiu Pairal* de Vic y fue publicada en *Studia Claretiana* XVI (1998) p. 144.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>30</sup> *Aut.*, nº 562.

- <sup>31</sup> Cf. *Ibíd.*, pp. 563-572.
- <sup>32</sup> *E.C.*, I, pp. 512-514.
- <sup>33</sup> *Ibíd.*, pp. 515-525.
- <sup>34</sup> *Ibíd.*, pp. 526-534.
- <sup>35</sup> El mismo Claret dejó constancia de este cambio: “En mi tiempo se hizo el arreglo y aumento de la dotación del clero, tanto de la Catedral como del parroquial; aquella se aumentó y la mía disminuyó; antes, el Arzobispo tenía 30.000 duros y la cuarta parroquial, que le valdría 6.000 duros, y a mi tiempo se puso a 18.000, sin cuarta ninguna” (*Aut.*, nº 551). Para ver las muchas gestiones de Claret en este campo: Cf. SIDERA, Joan, *Claret frente a la miseria del clero cubano: Arxiu Claret – Vic Vol. IV*, nº 48 (Marzo de 1944), pp. 35-59.
- <sup>36</sup> Carta del P. Juan Nepomuceno Lobo, *o.c.*, *Studia Claretiana XVI* (1988), p. 144.
- <sup>37</sup> *Aut.*, nº 537.
- <sup>38</sup> *Aut.*, nº 359.
- <sup>39</sup> Cf. FÉRNANDEZ, Cristóbal, *o.c.*, pp. 731-732.
- <sup>40</sup> General Concha, *Memorias*, p. 56; citado en LOZANO, Manuel, *Una vida al servicio del Evangelio, Antonio María Claret*, Barcelona 1985, pp. 256-257.
- <sup>41</sup> *E.C.*, I, p. 830.
- <sup>42</sup> Cf. CLARET, Antonio, *Carta pastoral al pueblo*, en CLARET, Antonio, *Escritos pastorales*, Madrid 1997, p. 274.
- <sup>43</sup> *Aut.*, nº 572.
- <sup>44</sup> BUCH LÓPEZ, Ernesto, *Del Santiago colonial...*, La Habana 1947, p. 27, citado en PALACIOS, Jesús M<sup>a</sup>, *o.c.*, p. 40.
- <sup>45</sup> LEBROC, Reynerio, *o.c.*, p. 112.
- <sup>46</sup> *E.C.*, I, p. 650.
- <sup>47</sup> *A.E.C.*, p. 560.
- <sup>48</sup> *Ibíd.*, p. 564.
- <sup>49</sup> Cf. *E.C.*, p. 1089.
- <sup>50</sup> CLARET, Antonio, *Las delicias del campo*, en CLARET, Antonio, *Escritos pastorales*, Madrid 1997, pp. 326-330.
- <sup>51</sup> Cf. LAVASTIDA, José Ignacio, *El Padre Claret y las Cajas de ahorros parroquiales en Cuba: Studia Claretiana XVI* (1998), pp. 23-43.
- <sup>52</sup> CLARET, Antonio, *Las delicias del campo*, *o.c.*, p. 326.
- <sup>53</sup> *Ibíd.*, p. 330-331.
- <sup>54</sup> *Ibíd.*, p. 327.
- <sup>55</sup> *E.C.*, I, p. 1685.
- <sup>56</sup> CLARET, Antonio, *Reflexiones sobre la agricultura*, en CLARET, Antonio, *Escritos pastorales, o.c.*, p. 299.
- <sup>57</sup> *Ibíd.*, p. 299.
- <sup>58</sup> *Ibíd.*, p. 299.
- <sup>59</sup> *Ibíd.*, p. 299.
- <sup>60</sup> LEBROC, Reynerio, *o.c.*, p. 374.
- <sup>61</sup> CLARET, Antonio, *Reflexiones sobre la agricultura*, en CLARET, Antonio, *Escritos pastorales, o.c.*, p. 298.
- <sup>62</sup> Cf. LEBROC, Reynerio, *o.c.*, pp. 381-386.
- <sup>63</sup> *E.C.*, I, p. 987.
- <sup>64</sup> *Ibíd.*, p. 988.
- <sup>65</sup> CLARET, Antonio, *Reflexiones sobre agricultura, o.c.*, p. 304.
- <sup>66</sup> *Ibíd.*, p. 304.
- <sup>67</sup> Él mismo lo explicó en su Autobiografía: “Como empecé las misiones el año 1840, en que nos hallábamos en guerra civil entre Realistas y Constitucionales, andaba con sumo cuidado en no decir alguna palabra de política a favor o en contra de alguno de los dos partidos, y, como yo predicaba en poblaciones de todos los partidos, debía andar con sumo cuidado, pues que, como he dicho, algunos venían a oírme para cogerme en alguna expresión...; pero gracias a Dios, nunca me pudieron coger” (*Aut.*, nº 291).
- <sup>68</sup> Cf. LOZANO, Manuel, *o.c.*, pp. 266-271.

<sup>69</sup> Las anexiones norteamericanas de Texas, Nuevo México y California, entre 1845 y 1848, alentaban los deseos de la adhesión cubana, que resultaba apetitosa para ambos grupos. Por un lado, los estados esclavistas del sur de la Federación Norteamericana buscaban territorios para acrecentar el comercio y conseguir mayor apoyo para mantener su política pro-esclavista. Por el otro lado, los grandes comerciantes cubanos estaban interesados en garantizar la estabilidad de la esclavitud, que era la base de su crecimiento económico y que en España ya estaba abolida por más que permaneciese vigente en sus colonias.

<sup>70</sup> En una carta al Capitán General dijo: “Ya sabe V.E. que nunca jamás me he metido en asuntos políticos, pero en esta isla se halla tan hermanada la religión con la política, que apenas se pueda hablar de la una que no se tope con la otra aunque no se quiera...” (E.C. I, p. 580).

<sup>71</sup> Narciso López Urriola. Nacido en Caracas (Venezuela) en 1798. Siendo joven se trasladó a España, donde combatió contra los carlistas y, después, fue nombrado gobernador de Valencia y general. Fue enviado a Cuba, donde ejerció como Presidente de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente y como gobernador de Trinidad. En 1848 fue obligado a exiliarse en Nueva York, donde diseñó la bandera cubana y entró en contacto con los guerrilleros de la independencia y organizó dos desembarcos en Cuba. (Cf. BLEIBERG, Germán (Dir.), *Diccionario de historia de España*, Madrid 1981, pp. 789-790).

<sup>72</sup> *Aut.*, nº 522.

<sup>73</sup> E.C. I, pp. 578-579.

<sup>74</sup> *Ibíd.*, pp. 586-587.

<sup>75</sup> *Oficio*, dirigido al Ministro de Estado, 10.11.1847; citado por LEBROC, Reynerio, *o.c.*, p. 117.

<sup>76</sup> Los principales países donde se compraban esclavos eran Guinea, Sudán, Mali, Senegal, Nigeria y El Congo (cf. *Ibíd.*, p. 112).

<sup>77</sup> “La Revolución haitiana (1791–1804) fue la primera revolución de América Latina, que culminó con la abolición de la esclavitud en la colonia francesa de Saint-Domingue, y la proclamación de la República de Haití. Sin embargo las potencias de esa época no reconocieron inmediatamente la independencia de Haití y no perdonaron la revolución de los esclavos; se le impusieron bloqueos económicos...” ([http://es.wikipedia.org/wiki/Revoluci%C3%B3n\\_haitiana](http://es.wikipedia.org/wiki/Revoluci%C3%B3n_haitiana)).

<sup>78</sup> “El eclesiástico que en sermón, discurso, edicto, pastoral, u otro documento a que diera publicidad, censurase como contrarias a la religión cualquiera ley, decreto, orden, disposición o providencia de la autoridad pública, será castigado con la pena de destierro”(Código penal, Capítulo IX, art. 304; en LEBROC, Reynerio, *o.c.*, p. 541).

<sup>79</sup> “El siglo XIX vio una identificación tal de la Iglesia con la esclavitud, que en los templos se anunciaba que los esclavos serán vendidos el próximo domingo, durante la celebración de la misa, delante de las puertas de la iglesia” (HUGH, Thomas, *o.c.*, p. 203).

<sup>80</sup> Julio Vizcarrondo Coronado, político, filántropo y publicista portorriqueño, que nació en San Juan de Puerto Rico, en 1830, y murió en Madrid, en 1889. Empezó una campaña abolicionista que, en 1850, le llevó al destierro en Estados Unidos. Liberó a los esclavos de su hacienda en Puerto Rico y, en 1863, se trasladó a Madrid para dedicarse a la política. En 1865 creó la *Sociedad Abolicionista Española* y fundó el periódico *El abolicionista español*, que lucharon hasta conseguir la abolición de la esclavitud en Cuba y Puerto Rico el 7 de octubre de 1886. (Cf. VILAR, Juan Bautista, voz: VIZCARRONDO CORONADO, Julio, en REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, *Diccionario biográfico español*, Vol. L, Madrid 2013, pp. 377-378).

<sup>81</sup> E.C. I, p. 704-705.

<sup>82</sup> Cf. ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús, *Misioneros Claretianos I: Retorno a los orígenes*, Madrid 1993, p. 238.

<sup>83</sup> E.C., I, p. 776.

<sup>84</sup> *Ibíd.*, p. 777.

<sup>85</sup> CLARET, Antonio, *Carta pastoral al pueblo*, *o.c.*, p. 279.

<sup>86</sup> En la tercera obligación de los amos recoge varias leyes que garantizan el descanso dominical y de días de fiesta para los esclavos; se nota que Claret no sólo busca el cumplimiento de los preceptos religiosos, sino también el evitar que los esclavos sean explotados con un trabajo excesivo (Cf. *Ibíd.*, pp. 281-282).

<sup>87</sup> *Ibíd.*, p. 284.

<sup>88</sup> Otra historia trata de un gesto pedagógico y profético del Arzobispo, que frente a un hacendado que insistía en la inferioridad de los negros, Claret quemó un papel blanco y otro de color, revolvió las cenizas y preguntó: “¿podría V. distinguir las cenizas del papel blanco de las del papel negro? Pues así seremos todos delante de Dios” (Cf. CLOTET, Jaime, *Resumen de la admirable vida del Excmo. e Ilmo. Sr. D. Antonio María Claret y Clará, Arzobispo de Trajanápolis, in partibus infidelium*, Barcelona 1882, p. 279).

- <sup>89</sup> AGUILAR, Francisco de Asís, *Vida del Excmo. e Ilmo. Sr. Don Antonio María Claret*, Madrid 1871, p. 199.
- <sup>90</sup> REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Diccionario de la Lengua Española*, versión electrónica: avance de la trigésima edición.
- <sup>91</sup> *E.C.*, I, pp. 891-892.
- <sup>92</sup> *Ibid.*, I, p. 955.
- <sup>93</sup> *Aut.*, nº 571.
- <sup>94</sup> FERNÁNDEZ, Cristóbal, *o.c.*, p. 826.
- <sup>95</sup> En una carta del 15 de febrero de 1853, en la que respondía una consulta de D. Paladio Currius sobre las vocaciones nativas para las Monjas de la Enseñanza, dijo: "... no convenía que por el presente recibieran muchachas hijas del país por novicias, porque sería meter desde el principio la relajación en la Religión, sin intentarlo, ni quererlo, porque sucedería que siendo las hijas del país por naturaleza y por costumbre, que es segunda naturaleza, más flacas que las Europeas y singularmente Catalanas, aunque sean ellas (las hijas del país) muy buenas y fervorosas no podrán llevar el peso del instituto..." (*E.C.*, I, p. 771).
- <sup>96</sup> El Secretario del Arzobispo en un comunicado de febrero de 1854, dirigido a los sacerdotes de la archidiócesis afirmó: "El Excmo. e Ilmo. Arzobispo, mi Señor, ha tenido a bien mandar... que cuando el Párroco respectivo advierta que algún joven de clase blanca, de legítimo matrimonio, de buenas costumbres, singularmente casto, amante de las funciones de nuestra Sacrosanta Religión, que frecuenta los Santos Sacramentos, que se aplica a la instrucción del Catecismo, que es asiduo a la escuela, que se adelanta en aprender a leer, escribir y contar, le llame y le pregunte relativo a su vocación; y si tiene inclinación a la carrera eclesiástica, le convidará a ser seminarista..." (Cf. FERNÁNDEZ, Cristóbal, *o.c.*, p. 826).
- <sup>97</sup> *E.C.*, p. 659.
- <sup>98</sup> CLARET, Antonio, *Carta Pastoral al Pueblo*, *o.c.*, p. 198.
- <sup>99</sup> *Ibid.*, p. 198.
- <sup>100</sup> 2Cor 5,14. "No hay duda de que el Apóstol de las gentes fue para Claret un modelo de identificación vocacional. A lo largo de su vida se advierte esa carga paulina, que lo va empapando y transformando" (BERMEJO, Jesús, *La caridad de Cristo nos apremia – Lectura carismática de San Pablo-*, en *Studia Claretiana*, XXII (2005), p. 11.
- <sup>101</sup> CLARET, Antonio, *Carta Pastoral al Pueblo*, *o.c.*, p. 198.
- <sup>102</sup> *Aut.*, nº 221.
- <sup>103</sup> CLARET, Antonio, *Manuscritos*, vol. XI, pp. 9-10.
- <sup>104</sup> CLARET, Antonio, *Escritos pastorales*, *o.c.*, p. 158.
- <sup>105</sup> *A.E.C.*, p. 681.
- <sup>106</sup> *E.C.*, III, p. 130.
- <sup>107</sup> *Ibid.*, I, p. 791-792.
- <sup>108</sup> *Ibid.*, I, p. 804.
- <sup>109</sup> *A.E.C.*, p. 671.
- <sup>110</sup> *E.C.*, I, pp. 1172-1176.
- <sup>111</sup> *A.E.C.*, p. 538.
- <sup>112</sup> *Aut.*, nº 686.
- <sup>113</sup> *Aut.*, nº 685.
- <sup>114</sup> No es el momento para detenernos en lo que entendió Claret por cada uno de ellos, véase una atinada explicación en: ÁLVAREZ GÓMEZ, Jesús, *o.c.*, p. 251-270.
- <sup>115</sup> "D. Paladio Currius, en conversaciones con la M. Antonia París, percibió mucho más: la Iglesia necesitaba urgentemente una Reforma General y Claret era el varón elegido por Dios para llevarla a cabo. Él (Claret) no se lo aplicó tan literalmente, pero tampoco lo tuvo por asunto baladí; lo reflexionó durante años" (BLANCO, Severiano, *La fe centro vital de san Antonio María Claret: Claretiano de Santiago XIII*, Abril – Junio 2013, p. 45).
- <sup>116</sup> CLARET, Antonio, *Apuntes de un plan para conservar la hermosura de la Iglesia*, Madrid 1857, p. 54.
- <sup>117</sup> *Aut.*, 687.
- <sup>118</sup> "Su casa parecía la de los pobres. Rara vez fuimos a ella que no encontrásemos alguno que acudía a exponer necesidades de esas que no se socorren con una limosna común; pero a la hora de audiencia era tanto el concurso de mendigos y necesitados que en algunas ocasiones costaba trabajo el penetrar por en medio de ellos y subir la escalera" (AGUILAR, Francisco de Asís, *o.c.*, p. 292).

<sup>119</sup> “Dios nuestro Señor se ha querido valer de mí para fundar unas conferencias de la Sagrada Familia... para favorecer a los españoles, hombres, mujeres y niños, que vengan a ésta (París) de la Península o de América. En ésta los extranjeros necesitan protección, o si no se desesperan, se suicidan (quedé horrorizado el otro día cuando leí que los que se suicidan en París son 1.200 por año” (*Carta de Antonio Claret a doña Jacoba Balzola*, París, 28 de marzo de 1869; *E.C.*, II, p. 1375).

<sup>120</sup> Cf. FRANCISCO, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*, nº 177.

<sup>121</sup> FRANCISCO, *o.c.*, nº 194.

<sup>122</sup> *E.C.*, I, p. 608.

<sup>123</sup> *Aut.*, nº 608-609.

<sup>124</sup> FRANCISCO, *o.c.*, nº 181.

<sup>125</sup> BENEDICTO, *o.c.*, nº 2.

<sup>126</sup> “Sana capacitat mental que és penyora d’una justa percepció, apreciació, captinença, actuació” (CARRERAS I MARTÍ, Joan, *Diccionari de la Llengua Catalana*, 3ª ed., Barcelona 1993, p. 1784). Traducción libre: sana capacidad mental que va acompañada de una justa percepción, apreciación, comportamiento, actuación.





## **“Se hizo pobre por vosotros”**

### **La solidaridad profética con los pobres y oprimidos Iluminación desde el Nuevo Testamento**

Ricardo Volo cmf

#### **1. Las raíces bíblicas de nuestro vocabulario**

En la declaración del XXIV Capítulo General «Hombres que arden en caridad» se manifiesta: «Reafirmamos la prioridad congregacional por la solidaridad profética con los empobrecidos, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida, de modo que esto repercuta en nuestro estilo de vida personal y comunitario, en nuestra misión apostólica y en nuestras instituciones» (nº 58,3a). En el análisis y en las reflexiones que llevamos a cabo sobre la situación de la humanidad en la actualidad, así como en los documentos donde redactamos nuestras conclusiones, usamos con frecuencia conceptos como «justicia», «pobreza», «solidaridad» o «paz», entre otros. Estos términos poseen profundas raíces en la Escritura. Máxime si hablamos de «solidaridad profética», fórmula que nos evoca los grandes profetas bíblicos. No siempre es posible encontrar el uso explícito de estos vocablos en las lenguas en las que fue escrita la Biblia, pero sin duda el contenido que expresan está muy presente en las páginas sagradas.

Se me ha solicitado elaborar una reflexión que ilumine desde el Nuevo Testamento el encuentro congregacional sobre JPIC. Por esta razón, mi punto de partida no puede ser otro que la figura y el mensaje de Jesús de Nazaret, tal como ambos son testimoniados por el Evangelio. Busco arrojar luz sobre algunas de las temáticas barajadas por nuestro Capítulo General, ponderando su aplicación a la persona de Jesucristo en clave eminentemente bíblica. No obstante, no es empresa sencilla realizar una exposición sintética sobre el uso de estas denominaciones mencionadas. En primer lugar, porque vertebran temáticas muy amplias y complejas. En segundo lugar, porque la Biblia no ofrece siempre una valoración uniforme sobre ellas. Tanto la valencia semántica de estos términos como su significado teológico pueden ir sufriendo cambios importantes a lo largo de los libros canónicos. Incluso herramientas prácticas para emprender esta labor, como es el caso de enciclopedias bíblicas o diccionarios exegéticos, han de ser tomados con criterio, pues, al tener que abarcar un contenido tan profuso, suelen caer en ciertas generalizaciones y preterir matices relevantes.

Por otro lado, en el Nuevo Testamento es posible percibir de inmediato que gran parte del vocabulario citado se reviste de la singularidad propia de la figura del Señor, cuya persona y mensaje suelen imprimir a las palabras un significado que trasciende las lindes del lenguaje formal y propio. Pongamos un ejemplo elocuente: ¿Cómo entender la sentencia de Pablo cuando alude a Jesús en estos términos: «... el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8,9). ¿Qué reflejan aquí los conceptos «rico» o «pobre» aplicados a Cristo? Sin necesidad de profundizar demasiado, el lector capta rápidamente que las

palabras han adquirido un sentido que va más allá de su acepción puramente económica o material. ¿Qué significado puede tener la frase que afirma que Jesús nos ha «enriquecido con su pobreza»? La respuesta a esta cuestión nos obliga a estudiar con cuidado las características singulares y distintivas de la temática de la pobreza en la Biblia, y particularmente en los Evangelios. Intuyendo ya que su tratamiento no se restringe a los bienes materiales, aunque ciertamente los incluye, sino que también se adentra decididamente en la esfera de lo espiritual.

Atendamos a otro ejemplo. En la carta de San Pablo a los Filipenses encontramos el siguiente pasaje: «Tened entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó a sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (véase Flp 2,5-11). Este himno cristológico expresa de manera profunda y sintética el misterio íntegro de la existencia de Cristo y la finalidad trascendental de su encarnación. En mi opinión en él es posible encontrar una referencia a lo que nosotros denominamos «solidaridad». Ahora bien, se trata de una alusión sublimada en Jesús. El misterio de la encarnación entera es visto como una radical solidaridad del Hijo de Dios con el ser humano. Revela un íntimo sentimiento de conmiseración con la situación del hombre inmerso en el mal y el pecado, y todo lo que ello implica en el orden personal y social. Hasta el punto de desprenderse de sus privilegios y tomar la condición de «siervo». Es lo que la teología bíblica recogerá bajo el nombre de *kenosis* o «abajamiento»-«despojamiento».

Es preciso advertir que la encarnación es contemplada aquí como abajamiento en profunda humildad del Hijo de Dios. No sólo por lo que supone asumir con todas las consecuencias la condición humana, sino porque la vida terrena de Cristo se desenvuelve en la máxima pobreza y en actitud de permanente servicio. Dicho servicio desemboca, como sabemos, en una entrega hasta la muerte por amor en el suplicio de la cruz. Pues bien, esta existencia asumida como oblación total en obediencia fiel al Padre, y bajo el dinamismo del amor por el hombre, es lo que Pablo expresa con la frase «...el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros para enriqueceros con su pobreza». La «pobreza» de Cristo, pues, incluye ciertamente su indigencia material, verificada en su vida terrena, pero no sólo; alude también a su obediencia a los designios del Padre, que conlleva la renuncia de sus prerrogativas divinas, la aceptación de todos los condicionamientos humanos, haber encarado con valentía y decisión todos los sufrimientos derivados de su misión, así como la entrega total y definitiva de la propia vida.

Terminemos este apartado con otra sentencia significativa. Jesús exhorta en cierto momento a sus discípulos: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo eso se os dará por añadidura» (Mt 6,33). ¿A qué se refería el Maestro de Nazaret cuando hablaba de la «justicia» del reino de Dios? Responder a esta pregunta nos obliga a una somera incursión sobre la justicia en la historia de la salvación, cuya plenitud es alcanzada en la figura misma de Jesús. Pero ya es posible y necesario partir de una premisa fundamental: todas aquellas realidades que nosotros englobamos en la lucha por la justicia en este mundo, como la erradicación de las desigualdades sociales y la pobreza, la oposición frente a toda clase de opresión y violencia, el respeto por los derechos humanos, o bien la defensa de la creación están indisolublemente vinculadas y forman parte integrante del misterio de la redención. Es esta una verdad cimentada en la Escritura. De

hecho, cuando Jesús alude al Juicio final lo relaciona con nuestro comportamiento en este ámbito. Es lo que enseña la impresionante parábola aportada por Mateo (25,31-46). Allí Jesús, hablando de los tiempos venideros, y estableciendo el criterio fundamental que Dios mismo aplicará en su dictamen definitivo sobre la conducta de cada hombre, se identifica con los necesitados y marginados del mundo: los hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, prisioneros... En definitiva, Jesús se identifica con los desheredados del mundo, que son objeto preferencial de la justicia del reino de Dios.

## 2. Convertir las piedras en panes

Para seguir encuadrando convenientemente la temática que nos ocupa, consideramos oportuno continuar nuestra exposición con una escena primordial en los evangelios: la perícopa de las tentaciones. Los evangelios sinópticos ubican de forma coral el relato de las tentaciones de Jesús en el frontispicio de su ministerio público, aunque cada autor le imprime un estilo personal (véase Mc 1,12-13; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13). Quisiéramos fijarnos en la narración de Mateo, poniendo de relieve la primera de las tentaciones: «El tentador se le acercó y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, di que las piedras éstas se conviertan en panes”. Pero él le contestó: “No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4,3-4).

Los evangelios marcan una clara línea de inclusión temática entre el desierto y el calvario, pues en ambos ámbitos Jesús ha de soportar las pruebas más agudas y angustiosas. La versión de Mateo es en este punto la más clara y explícita, al establecer un paralelismo entre las palabras del tentador y los improperios de la gente ante el espectáculo de la cruz: «Si eres Hijo de Dios...» (4,3); «Si eres Hijo de Dios...» (4,6); «...si eres Hijo de Dios, baja de la cruz» (27,40). Con ello quiere resaltar que la tentación que experimenta Jesús busca influir en la orientación que ha de adquirir su misión en el mundo. Pues en esta crucial decisión se está jugando nada menos que la comprensión genuina de su mensaje por parte de los hombres. La aceptación o no de sus exhortaciones y enseñanzas. La acogida o el rechazo de la imagen misma de Dios que ha venido a revelar. Dado que la cuestión fundamental es saber si Jesús accederá a presentar el reino de Dios como Mesías en poder y gloria, como le incita el tentador, o bien como Mesías humilde y sufriente. Como Hijo de Dios que manifiesta su naturaleza de forma prodigiosa, triunfalista y subyugante, o bien de forma fraternal y pacífica, invitando a acoger su salvación desde la libertad y la confianza, nunca imponiéndola. En otras palabras, las tentaciones inciden sobre la forma como Jesús comprendió su *mesianismo*, siguiendo los designios del Padre. Es aquí donde el texto ilumina de forma relevante la temática que nos ocupa.

La primera de las tentaciones propone a Jesús reducir su ministerio a una suerte de revolución o reforma social. Es lo que representa simbólicamente convertir las piedras en pan: ofrecer el abastecimiento de toda necesidad material, de toda carencia. Comenta oportunamente Martín Descalzo sobre esta escena: «Es la reducción del paraíso a una plenitud de bienes materiales. ¿No viven todos los hombres de hoy idéntica ambición? ¿No reducen y confunden con eso su esperanza? Por eso Satanás se lo propone ahora a Cristo: si se dedica a convertir en panes las piedras del mundo pronto todos le seguirán y su palabra no tendrá que esforzarse en buscar corazones abiertos porque tendrá suficiente con contar con los vientres satisfechos»<sup>127</sup>.

Los evangelios muestran a Jesús vivamente preocupado por las carencias materiales de sus semejantes. Comenzando por el sustento cotidiano: «Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Me da lástima de esta gente, porque llevan ya tres días conmigo y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que se desmayen por el camino» (Mt 21,32). ¿No pedimos en la oración del Padrenuestro el pan de cada día? Pero su mensaje no se limita a solventar estos problemas, pues él ha sido llamado para comunicar el pan de la Palabra de Dios. Y es incisivo cuando advierte sobre el peligro de confundir ambos planos: «Sí, os lo aseguro: No me buscáis porque hayáis percibido señales, sino porque habéis comido pan hasta saciaros. No trabajéis por el alimento que se acaba, sino por el alimento que dura dando una vida sin término, el que os dará el Hijo del Hombre» (Jn 6,26-27). Jesús no desprecia ni minusvalora ninguna de las luchas por la justicia humana, por la defensa de los más desvalidos, por la integridad de la dignidad de toda persona. Tales realidades forman parte integrante de su mensaje. Pero Jesús no se convierte nunca en el líder o revolucionario social que algunos pretendieron ver en él. Su mesianismo no se reduce a la justicia social, aunque tal empresa esté implicada en su vida y en sus palabras. Vamos a profundizar en estos pormenores.

### **3. El Reino de Dios y su justicia**

En este tercer apartado de nuestra exposición seguiremos constatando la importancia y el alcance de la premisa establecida previamente sobre el significado de los términos utilizados en el Nuevo Testamento. ¿Cómo entender conceptos como «justicia social», «solidaridad profética» o «pobreza» dentro del marco del mensaje de Cristo, cuyo epicentro es el «reino de Dios»? Cuando Jesús hablaba de la pobreza y de los pobres, ¿entendía estas palabras con el mismo sentido con que nuestra sociedad actual las entiende normalmente? Es un punto en el que conviene progresar con tiento.

Cuanto Jesús hizo y dijo a lo largo de su existencia terrena está comprendido en aquel dinamismo de salvación que él denomina frecuentemente como «reino de Dios». La expresión revela que Dios va a comenzar «a reinar» en el mundo, venciendo el mal en todas sus manifestaciones y trayendo la salvación para todos los hombres. Este reinado divino viene expuesto por Jesús con palabras y obras íntimamente conexas. Pues en Jesús su vida y su mensaje son una misma cosa. Él testimonia con su propia vida lo que anuncia y explica en su predicación. Y lo primero que su propia vida enseña es esto: que toda justicia se fundamenta en el reconocimiento de la identidad más profunda y propia del ser humano, que es la de ser hijo de Dios. Esta identidad nuclear y primigenia representa el cimiento de su dignidad.

Recordemos que el pórtico de entrada al denominado «ministerio público de Jesús» es la escena de su bautismo por manos de Juan. Los evangelios sinópticos nos dan nuevamente testimonio coral de este hecho (Mc 1,9-11; Mt 3,13-17; Lc 3,21-22; véase también Jn 1,32-34). Dicha escena se articula narrativamente en torno a la «voz del Padre», que revela al lector la identidad genuina de Jesús: «Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco». Identidad y misión conforman una sola cosa en Cristo. Y ambas esferas de su figura, indisolublemente entrelazadas, remiten en perfecta sintonía al amor y el beneplácito del Padre. La narración del

bautismo es como un icono que revela el significado íntegro de la encarnación del Hijo de Dios. *Cumplir la voluntad del Padre* es la clave de bóveda de toda su existencia y piedra angular de toda su misión. Todo lo que Jesús piensa, dice y realiza tiene como meta la observancia fiel de este cometido.

Cuando los autores sagrados reflexionan sobre la encarnación de Jesús y sobre la finalidad primordial de toda su vida y su ministerio, lo hacen contemplando a Cristo como aquel que ha venido al mundo para restablecer las relaciones rotas entre Dios y el ser humano. Para recuperar el vínculo entre el Padre y su criatura amada. Y hacerlo de tal forma que dicha relación sea permanente e inquebrantable. Esta nueva alianza se logra, precisamente, mediante la obediencia radical a la voluntad del Padre, que brota de una absoluta confianza en su bondad. Y, al mismo tiempo, como una plena solidaridad con la condición humana, que se encuentra sumida en el mal y el pecado. Esta es la premisa nodal que nos posibilita entender el significado genuino del «reino de Dios» y su justicia.

En consecuencia, expresiones como «justicia social», «pobreza» o «solidaridad» han de ser oportunamente ubicadas en la esfera semántica más amplia y orgánica del concepto «reino de Dios». Un ejemplo notable de este sentido más amplio y trascendente del concepto «reino de Dios» es la doble valencia que adquiere la «pobreza» cuando se aplica a Jesús: una valencia peyorativa, ciertamente, pero también otra positiva. En nuestro mundo, la pobreza encierra dimensiones fuertemente negativas: la injusticia, la opresión, la violencia, la carencia de los más elementales medios de subsistencia. En pocas palabras, la pobreza puede ser fruto de estructuras injustas y opresoras que arrastran a una ingente multitud de seres humanos a la exclusión social y a la miseria. A lo largo de su existencia terrena, Jesús luchó denodadamente por cambiar esta situación de pobreza injusta e inhumana, que atenta contra la voluntad de Dios. Esta es una de las razones por las cuales Jesús afirmará que los «pobres de espíritu» son los hijos predilectos del Padre, a quienes va dirigida preferencialmente la Buena Noticia de su reino.

Pero no es el único motivo. Es necesario advertir que, desde la perspectiva de Jesucristo, la pobreza tiene también una vertiente positiva y salvífica, cuando se trata de una opción correctamente integrada en la dinámica del señorío divino. Se trata de la *pobreza evangélica*, que debe ser asumida por el hombre como subordinación de todas las cosas a la obediencia y el amor de Dios, considerado como nuestro mayor «tesoro». Razón por la cual Jesús hizo una opción fundamental por la pobreza, entendida evangélicamente, y solicitó adoptarla a sus discípulos. Vamos a detenernos ahora algo más en este punto, que consideramos muy importante.

#### **4. El clamor de los pobres y oprimidos**

En los libros sagrados la pobreza es presentada en gran cercanía y sintonía con el campo semántico de la justicia social. A lo largo del Antiguo Testamento, los autores bíblicos utilizan varios términos para aludir a la pobreza, entre los que cabe destacar, por su importancia y recurrencia, los vocablos hebreos *ʾânâw*, *ʾânî*, *ebyôn* o *dal*. En muchos textos estos calificativos son utilizados de forma sinónima. De entre ellos, quizás *ʾanaw* y *ʾânî* sean los más conocidos. La raíz verbal significa etimológicamente «inclinarse», de donde deriva por extensión el significado de

«estar oprimido», «ser miserable» o «ser pobre». Generalmente se traduce el concepto de *‘anawîm* por «pobres», «oprimidos», «humillados», «miserables». Este conjunto terminológico se integra en el Nuevo Testamento bajo el concepto *ptôjos*, que es el vocablo más importante y recurrente para aludir a los pobres en los evangelios<sup>128</sup>.

Los pobres son los que «no tienen» o los que «carecen», no sólo de recursos económicos o materiales, sino también de derechos, defensa, reconocimiento social. Los pobres son aquellos a quienes no se les reconoce su dignidad como seres humanos. Pero dentro de este marco amplio, existen obviamente diversas categorías de pobreza. En un país como el antiguo Israel eran numerosos los ciudadanos que trabajaban una pequeña parcela de tierra, propia o arrendada, que les permitía la propia subsistencia. Eran personas pobres, cuya situación económica y social era siempre muy precaria, a causa de una mala cosecha, o una subida en los impuestos. Pero no eran totalmente miserables, como era el caso de los mendigos, aquellos indigentes de solemnidad que no poseían nada y estaban obligados a pedir diariamente lo necesario para poder sobrevivir.

Por consiguiente, dentro de este ámbito amplio y general de la pobreza, es posible apreciar diversas concreciones. La pareja «viuda/huérfano», o la secuencia «viuda/huérfano/emigrante» conforma una de las agrupaciones de individuos más frecuentemente mencionada en la Biblia en el contexto de la pobreza y la indefensión social, y consecuentemente, en el marco de la ley y la moral hebrea (Ex 22,21-23; Dt 10,16-19; 14,23-29; 24,17-18; 26,12-13). En el círculo de la familia judía antigua, la falta del marido o del padre supone la carencia del responsable principal del sustento doméstico, así como del representante y defensor legal de la familia en general. Por esta razón, los términos «viuda» o «huérfano» indican en numerosos pasajes algo más que la mera situación civil de los individuos. En muchos casos son sinónimo de vulnerabilidad, abandono e indigencia. También los inmigrantes eran objeto frecuente de abusos y violencia. En sus parábolas y enseñanzas, Jesús mismo gusta de poner como ejemplo de pobreza y humildad a las viudas. Y evoca también en ciertos momentos el desamparo de los extranjeros en Israel.

En el libro de Job encontramos esta descripción tan elocuente de la vida de los miserables: «En campo ajeno cosechan y en la viña del malvado rebuscan. Pasan la noche desnudos por falta de ropa y, sin nada con que taparse del frío, los cala el aguacero de los montes. A falta de refugio, se pegan a las rocas» (24,5-8), «Andan desnudos por falta de ropa; cargan gavillas y pasan hambre. Entre sus muros exprimen aceite y pisan en el lagar, pero pasan sed. En la ciudad gimen los moribundos y piden socorro los heridos, pero Dios no atiende la plegaria» (24,10-12). En ocasiones, la extrema necesidad obliga a los individuos a endeudarse y dar en prenda sus animales domésticos, e incluso ¡a sus propios hijos! Era frecuente el fenómeno de la esclavitud. Recordamos, a este propósito, la narración tomada del ciclo del profeta Eliseo: «Una de las mujeres de la comunidad de los profetas clamó a Eliseo diciendo: “Tu siervo, mi marido, ha muerto; tú sabes que tu siervo temía a Yahvé. Pero el acreedor ha venido a tomar mis dos hijos para esclavos suyos”. Eliseo dijo: “¿Qué puedo hacer por ti?”» (2R 4,1-2).

La situación no debía ser muy diversa en tiempos de Jesús. Para hacernos una idea somera de la estratificación social de su época nos vamos a servir de un texto de J.P. Meier: «En un principado insignificante y sometido como Galilea, los verdaderos “ricos” eran un grupo muy pequeño que incluiría a Herodes Antipas, sus

poderosos oficiales de corte (cf. Mc 6,21), los grandes terratenientes, los mercaderes muy importantes y unos cuantos jefes de recaudadores de impuestos y tasas. Mucha gente pertenecía a un vago grupo intermedio, en el que estaban comprendidos los comerciantes y artesanos de ciudades y pueblos grandes y pequeños, así como agricultores propietarios de explotaciones de tamaño regular. (...) Los pequeños agricultores llevaban una existencia precaria, a veces en un nivel de subsistencia, sujetos como estaban a los caprichos de los elementos, a los precios de los mercados, la inflación, los gobernantes voraces, las guerras y los fuertes impuestos (civiles y religiosos). Bajando en la escala social, se encontraban los jornaleros, los sirvientes asalariados, los artesanos ambulantes y los agricultores desposeídos de sus propiedades y forzados a practicar el bandidaje (...) En lo más bajo de la escala se hallaban los esclavos (...) En esta estratificación social, expuesta a grandes rasgos, Jesús, el carpintero de Nazaret, se encontraría en la parte baja del grupo intermedio...»<sup>129</sup>.

La situación dramática de los pobres y oprimidos, su dolor y sufrimiento se convierten en un grito desesperado de auxilio, en un clamor. Aplastados y violentados por los poderosos, abandonados a su suerte por los tribunales corruptos de su pueblo, objeto de abuso y explotación, doblegados por el trabajo o la enfermedad, reducidos a mercancía o esclavizados, los menesterosos levantan su mirada a Dios. Es por esta razón que los términos contemplados hasta ahora cobran también una valencia religiosa o espiritual cada vez más importante. Los pobres son sujeto preferente de la atención y la salvación de Yahvé. Se convierten en «*anawîm* Yahvé», los «los pobres de Yahvé».

Los «pobres de Yahvé» apelan a Dios como el único Juez y Señor que puede auxiliarlos en su estado de absoluto desamparo. En el Libro de los Salmos son frecuentes los términos hebreos como «súplica», «petición», «lamento», «gemido» o «llamada de auxilio». Ante estos «humildes», Yahvé debe «salvarlos» de su situación desesperada, cualquiera que esta sea. Basta dar una rápida ojeada a algunos poemas para ilustrar esta constatación: «Yo sé que el Señor hará justicia al humilde, y defenderá la causa de los pobres» (Sal 140,13). Desde una visión global de los salmos de súplica, H. J. Kraus comenta: «Por los privilegios que el Dios de Israel prometió a todos los desamparados, necesitados y oprimidos, los “pobres” tienen un *derecho preferente* a la ayuda de Dios. Paradójicamente, la reivindicación del derecho no se fundamenta en lo que uno “tiene”, sino en lo que no tiene. El derecho preferente de los “pobres” a la ayuda de Dios se funda en el no tener, en aquello que constituye realmente su “pobreza”»<sup>130</sup>.

Yahvé queda indignado por su situación injusta, escucha su clamor y actúa con vehemencia en su ayuda: «El Señor toma su sitio para el proceso, se pone en pie para juzgar los pueblos. El Señor se querella contra los ancianos y gobernantes de su pueblo: “Vosotros habéis devastado la viña, los despojos de los pobres están en vuestras casas. ¿No os importa oprimir a mi pueblo, hacer añicos a los pobres?» (Is 3,13-15). En el canto del Magníficat, Lucas pone en boca de la virgen el clamor de estos pobres de Yahvé, de los que ella misma se siente parte integrante: «...porque ha mirado la humildad de su esclava»; «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (véase Lc 1,46-56). Jesús mismo encarna en su propia persona, crucificada en el Calvario, el clamor de los desesperados ante Dios, recitando el Sal 22: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34).

Cohonestando ambas dimensiones de sentido, el material y el espiritual, R. Fabris ofrece esta definición de pobreza en la Biblia: «pobre es el que está privado de los bienes esenciales para vivir, para tener libertad y dignidad humana. En la dignidad se incluyen también la justicia y los derechos fundamentales de la persona. Pero el pobre no es sólo una categoría social o económica, ni tampoco es sólo una categoría espiritual o religiosa. Ambas están integradas; la condición económica-social del pobre se convierte en una cualidad espiritual, en una categoría religiosa»<sup>131</sup>. Ambas esferas de sentido están recogidas también explícitamente en la versión de las bienaventuranzas del evangelista Mateo: «Bienaventurados los *pobres en el espíritu*, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3). La fórmula «pobres en el espíritu» no implica una mera espiritualización de la terminología sobre la pobreza. Más bien quiere corregir una pobreza entendida de una manera exclusivamente material. Indica aquella pobreza que revela una confianza absoluta en Dios, considerado como el único tesoro de la vida, como ya apuntábamos anteriormente. Con respecto al voto de pobreza de la persona consagrada, la Exhortación Postsinodal *Vita Consecrata* comenta: «Antes aún de ser un servicio a los pobres, la pobreza evangélica es un valor en sí misma, en cuanto evoca la primera de las Bienaventuranzas en la imitación de Cristo pobre. Su primer significado, en efecto, consiste en dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano» (nº 90). Pero es igualmente cierto que los pobres, a causa de su misma situación de exclusión social y carencia material, están abiertos a una especial presencia de Dios. Razón por la que Jesús llevará a cabo una opción fundamental por ellos. Vamos ahora a profundizar, pues, en la forma como Jesús afrontó esta crucial respuesta al clamor de los pobres y oprimidos de su sociedad.

## 5. Jesús asume y prolonga la denuncia profética

En el evangelio de San Lucas, los dos discípulos que se dirigen a Emaús describen a Jesús como «un profeta poderoso en obras y palabras» (24,19). Sin duda, estos peregrinos nos revelan la opinión general que sobre la figura del Maestro de Nazaret corría en boca de sus contemporáneos, como testifican con frecuencia los evangelios: «¿Quién dice la gente que soy yo?» Ellos contestaron: «Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías, y otros, que uno de los profetas»» (Mc 8,27-28). ¿Por qué razón el calificativo «profeta» fue uno de los que más frecuentemente se aplicaba a Jesús? El pasaje de Lucas nos ofrece una clave importante para responder a esta pregunta: por la forma peculiar como Jesús hablaba y actuaba, que recordaba vivamente a los antiguos profetas de Israel. Más concretamente, porque sus palabras y acciones manifestaban la palabra y la acción de Dios. Y esta acción iba dirigida, preferencialmente, a favor de los más pobres y desfavorecidos de la sociedad. Esta constatación nos recuerda que no es posible aproximarse a Jesús sin una visión panorámica, que abarque el horizonte amplio del pasado de su pueblo, donde encontramos las premisas históricas y teológicas de toda su misión. Es así como descubrimos que, en gran medida, Jesús asume y prolonga la denuncia de los antiguos profetas frente a la injusticia social.

En este apartado espigamos algunos datos importantes del Antiguo Testamento que clarifican las páginas del Nuevo. Los libros que pertenecen al núcleo normativo más importante de la Biblia hebrea, la Torá o Pentateuco, manifiestan el ideal de un pueblo donde la pobreza o la indigencia no ha de tener cabida. La razón estriba en que, siendo pueblo elegido por Dios, y objeto de la donación comunitaria de la tierra, no deberían existir motivos para que la tribu, la familia o individuo alguno sufriera



necesidad o carencias (Dt 15). Pero la historia de Israel desmiente dramáticamente este ideal religioso. A lo largo de su secular existencia, en su seno brotan cada vez con mayor fuerza las malas hierbas de la opresión, la miseria e incluso la esclavitud. De hecho, los códigos legislativos más antiguos revelan ya la necesidad imperiosa de hacer frente a numerosos problemas sociales de enorme gravedad. A lo largo de las páginas del Antiguo Testamento encontramos una gran sensibilidad hacia los más pobres y desprotegidos de la sociedad: «No despojes al pobre por ser pobre, ni oprimas al desvalido en el tribunal, porque el Señor defiende su causa, y quitará la vida a los que lo hayan despojado» (Prov 22, 22-23).

Pero sin duda alguna, testigos particularmente autorizados de estas injusticias sociales son los profetas. En los libros proféticos la mirada crítica sobre el ámbito social adquiere lugar de preeminencia. En gran medida, la acción de los profetas parte de la indignación que suscita la terrible e injusta situación en la que viven muchos de sus coetáneos. Es precisamente en esta temática donde encontramos algunos de sus más densos y vigorosos oráculos. Los profetas denuncian sin ambages toda clase de violencia, opresión o injusticia social que detectan a su alrededor. Ellos advierten cómo la vida social de su tiempo ha degenerado en una creciente y sangrante lucha por el poder y las riquezas, que provoca a la postre una aguda miseria y marginación de la mayor parte de la población. Con decisión y valentía asumen como propia la desesperada situación de las víctimas de la codicia y la prepotencia. Dirigen encendidas soflamas contra lo que consideran uno de los mayores males de su tiempo, y una de las principales razones por las que la nación camina por el filo de la navaja: el olvido o la conculcación del mandato divino, que exige el respeto de la dignidad del hermano hebreo y de todo ser humano. Denuncian cómo progresivamente las capas más pudientes de la nación y los estamentos que rigen el gobierno y las instituciones han desplazado a Dios mismo por el ídolo de los bienes materiales, posibilitando que la corrupción se apodere de todo el tejido social.

Prácticamente el conjunto íntegro de las tensiones y desafueros relacionados con la injusticia social es tratado de una u otra forma por los profetas: la aplicación abusiva de las prescripciones legales, o bien la conculcación del derecho y la corrupción de la justicia, el fraude y la estafa en las transacciones comerciales, la esclavitud, el latifundismo, la opulencia y el lujo indolente frente a la indigencia del prójimo, la opresión y la violencia generada por la avaricia... En este sentido, los profetas se erigen en defensores acérrimos del derecho y la justicia. Ellos son la voz de un Dios indignado por la desgracia de los más indigentes y vulnerables de su pueblo.

Junto a las injusticias de carácter social, el otro pecado capital delatado por los profetas se relaciona con la perversión de la religiosidad y el culto ofrecido a Dios. Este fenómeno de iniquidad adquiere dos manifestaciones principales. Por un lado, la idolatría, que consiste en adorar a otros dioses distintos a Yahvé. Es aquí donde debemos tener muy en cuenta que el dinero, las riquezas y el poder pueden convertirse también en un ídolo al que el hombre rinde pleitesía y servicio. Una temática que Jesús retomará con énfasis.

Pero también existe otra desviación de la actitud religiosa menos evidente o manifiesta, pero no por ello menos perniciosa; la de distorsionar la imagen misma de Dios, ofreciéndole un culto viciado desde su raíz. Es precisamente este aspecto el que los profetas recriminan con vehemencia en sus oráculos, puesto que no puede

haber culto verdadero a Dios si no va acompañado de actos de justicia, honradez y caridad, como establece la Ley. Allí se relacionan indisolublemente los mandamientos para con Dios y las prescripciones para con el prójimo (Éx 20,1-17). Los heraldos divinos denuncian con severidad el culto y la liturgia ofrecida a Dios que oculta el desprecio permanente del derecho y los deberes hacia los más débiles de la sociedad. El servicio sagrado que Israel tributa a Dios no es expresión de un amor puro y sincero por él, sino que esconde, por el contrario, mucha hipocresía, al quedar reducido a mero formalismo externo. En otras palabras, el verdadero culto a Dios debe conllevar siempre la búsqueda y el cumplimiento de su voluntad. En contraste, con frecuencia los profetas observan que los holocaustos y sacrificios buscan ante todo acallar conciencias y enterrar falsamente todo tipo de opresiones. Estas dimensiones del mensaje profético estarán también muy presentes en la actividad de Jesús. De hecho, no sería posible comprender bien la figura de Cristo sin una referencia explícita a esta realidad de su pasado.

## 6. El estilo de vida adoptado por Jesús

Retomemos nuevamente la cita de nuestro último Capítulo general que orienta nuestra exposición, fijando nuestra atención en la última parte, que he transcrito en cursiva para resaltarla: «Reafirmamos la prioridad congregacional por la solidaridad profética con los empobrecidos, los excluidos y los amenazados en su derecho a la vida, *de modo que esto repercuta en nuestro estilo de vida personal y comunitario, en nuestra misión apostólica y en nuestras instituciones*». Lo que en este párrafo parece una consecuencia, puede tomarse, en realidad, como una premisa: de poco valdría nuestra acción en el campo de la justicia social, si no estuviese avalada por el testimonio de nuestro estilo de vida. De hecho, si partimos del evangelio, lo que con frecuencia denominamos como «estilo de vida» representa el fundamento y la fuente de la que dimana toda acción. Así lo constatamos en la persona de Jesús, en quien, insistimos, su vida es ya su mensaje. Quizás no está de más recordar que forma parte integrante de la vocación de los consagrados en la Iglesia re-vivir y re-presentar con radicalidad el género de vida que el Hijo de Dios adoptó en su existencia terrena. Así lo indicaba ya la Constitución dogmática *Lumen Gentium*: «Ese estado (vocación religiosa) imita más de cerca y representa perpetuamente en la Iglesia la forma de vida que el Hijo de Dios escogió al venir al mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que propuso a los discípulos que le siguieran» (nº 44).

Jesús es la respuesta definitiva de Dios al clamor de los pobres y oprimidos de este mundo. Es una respuesta que da inicio con el género de vida que llevó y que solicitó a quienes deseaban seguirle. Desde el día de su nacimiento hasta el día que concluye su ministerio público, Jesús no sólo habla preferencialmente a los pobres, sino que vive como ellos y vive entre ellos. Sus palabras y acciones revelan una plena y total solidaridad con los marginados y excluidos de este mundo: «Jesús, desde el pesebre hasta la cruz comparte la vida de los pobres (...) Aún más: se identifica con los pobres de todas las clases y hace del amor activo hacia ellos la condición para entrar en su reino» (Catecismo de la Iglesia católica, nº 544).

Jesús nació en el seno de una familia humilde, y toda su existencia transcurre en el círculo de una condición social modesta e incluso necesitada. El evangelista Lucas afirma que, cuando la familia de Nazaret debe emprender viaje hasta Belén con motivo del empadronamiento dictaminado por el emperador Augusto,

atravesando de norte a sur la tierra de Israel, María, en avanzado estado de gravidez, da a luz a su hijo en un pesebre «porque no había sitio para ellos en la posada» (Lc 2,7). Poco después Lucas ofrece otra nota histórica muy elocuente, al hacer mención de la presentación de Jesús en el templo: «Cuando se cumplieron los días de su purificación, según la ley de Moisés, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor”, y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: “un par de tórtolas o dos pichones”» (Lc 2,22-24). En realidad, Lucas nos está presentando una versión reducida de la prescripción mosaica sobre la purificación de la mujer que ha dado a luz, y la incorporación ritual y oficial de su hijo a la sociedad hebrea. En concreto, Lucas alude a la opción legal destinada a los pobres, puesto que lo que debía ofrecerse al Señor en el templo era un cordero, tal como vemos en el libro del Levítico: «Esta es la ley para la mujer que da a luz un niño o una niña. Si no le alcanza para un cordero, presentará dos tórtolas o dos pichones, uno para el holocausto y otro para el sacrificio de expiación» (léanse las directrices completas en Lev 12,2-8).

Jesús vive su juventud como hijo de un humilde carpintero o artesano, José, que debe ganarse el pan cotidiano con el sudor de su frente (Mc 6,3; Mt 13,55). Cabe ahora añadir un dato importante que conviene tener en cuenta: ¿cómo compaginar este panorama con las palabras del ángel a María en el momento de la anunciación? Recordemos algunas de las fórmulas aplicadas a Jesús: «será grande», «será llamado Hijo del Altísimo», «su reino no tendrá fin» (cf. Lc 1,32-35). Es claro que los evangelistas ya nos están indicando la forma concreta como Jesús entenderá su mesianismo. Cuando nos vamos adentrando en el ministerio público de Jesús, descubrimos que él no sólo opta preferentemente por anunciar la Buena Nueva del reino de Dios a los pobres y menesterosos de su sociedad, sino que asume para sí su misma situación de pobreza, marginación y vulnerabilidad. Cuando en una ocasión él mismo describe su estilo de vida, pronuncia esta rotunda sentencia: «Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza» (Mt 8,20).

En el evangelio de Lucas Jesús inaugura su predicación pública en la sinagoga de Nazaret con estas palabras, tomadas del profeta Isaías: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque él me ha ungido. Me ha enviado a evangelizar a los pobres, a proclamar a los cautivos la libertad, y a los ciegos la vista, a poner en libertad a los oprimidos; a proclamar el año de gracia del Señor» (Lc 4,18-19). Aplicándose a sí mismo el oráculo del profeta, Jesús se presenta explícitamente como el Mesías de los pobres, de los oprimidos, de los marginados. Desde un principio deja claro que la Buena Noticia del reino de Dios tiene unos destinatarios privilegiados: «Es evidente que la misión de Jesús está orientada a los pobres. A ellos se alude no sólo en términos económicos, sino en un sentido holístico, como aquellos individuos que son expulsados fuera de los límites del pueblo de Dios por cualquier tipo de razón socio-religiosa. Al focalizar la buena noticia en este colectivo, Jesús está expresando, por tanto, su rechazo a asumir tal marginación social y religiosa. Por el contrario, afirma que tales pobres son precisamente los destinatarios de la gracia divina. Mientras muchos los consideran excluidos de la salvación, Dios abre para ellos las puertas de su propia familia»<sup>132</sup>.

Entre las notas conclusivas que J. Jeremías aporta sobre su análisis de la figura de Jesús y el mensaje de los evangelios, encontramos esta: «Los seguidores de Jesús consistían predominantemente en personas difamadas, en personas que

gozaban de baja reputación y estima: los incultos, los ignorantes, a quienes su ignorancia religiosa y su comportamiento moral les cerraban, según la convicción de la época, la puerta de acceso a la salvación. Pero, junto a éste, hay otro aspecto completamente distinto. Si contemplamos a esas mismas personas con los ojos de Jesús, las vemos a una luz distinta. Jesús las llama “los pobres”, los “fatigados y agobiados por el peso” (Mt 11,23). Jesús contempla con infinita misericordia a estos mendigos ante Dios (...) Pues su peso es doblemente agobiador: abarca tanto el desprecio público de que eran objeto por parte de los hombres, como la falta de perspectiva de hallar jamás salvación en Dios»<sup>133</sup>. En este sentido, «Jesús hace de la opción por los marginados el distintivo de su misión»<sup>134</sup>.

Por esta razón su mirada, siempre lúcida y penetrante sobre la realidad social de su pueblo, se detiene particularmente en aquellas personas marginadas o humilladas en cualquier sentido o ámbito: «Acudió a él mucha gente llevando tullidos, ciegos, lisiados, sordomudos y muchos otros; los ponían a sus pies y él los curaba» (Mt 15,30); «Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos» (Lc 14,13-14). Este grupo de gente menesterosa y marginada es tan numeroso como heterogéneo: niños, viudas, enfermos de todo tipo, prostitutas, publicanos, samaritanos, ignorantes... Es la suya una mirada de profunda compasión y misericordia para con el sufrimiento ajeno: «Al desembarcar, Jesús vio una multitud y se compadeció de ella, porque andaban como ovejas que no tienen pastor...» (Mc 6,34); «Al verla el Señor, se compadeció de ella y le dijo: “no llores”» (Lc 7,13). Comenta el profesor G. Perego: «En el Nuevo Testamento, los pobres delimitan el espacio en el que se encarna el reino de Dios con mayor facilidad y donde el anuncio del Evangelio es acogido y escuchado. El Maestro se identifica con ellos subrayando con fuerza: “Os aseguro que cuando no lo hicisteis con uno de esos pequeños, tampoco conmigo lo hicisteis”(Mt 25,45)»<sup>135</sup>.

Pero, sin duda alguna, momento álgido en esta opción existencial por el desprendimiento y la pobreza nos es revelado en los relatos de la pasión y la muerte: «Jesús clavado en la cruz es el “pobre” por excelencia: pobre de corazón, en profunda comunión con la voluntad del Padre y con el destino de sus hermanos; pobre también en medio de la miseria a la que le ha conducido su misma encarnación...»<sup>136</sup>. Jesús muere en el suplicio destinado a los esclavos en el marco del imperio romano, la crucifixión, y es sometido a todo tipo de humillaciones y torturas que tienen como objeto arrebatarle lo último que puede conservar incluso el individuo más pobre: su dignidad como persona. Jesús es reducido a un ser sin derechos, sin defensa; está totalmente desvalido, revelando la más extrema de las pobrezas, aquella en la que el ser humano ya no cuenta como individuo ante los demás. Es un mero objeto de escarnio, oprobio, rechazo y castigo. A este respecto, quisiéramos detenernos en un pequeño pero elocuente detalle de la pasión.

En el pretorio los soldados le quitan sus ropas para vestirlo como un rey (túnica púrpura, corona y cetro) en contexto de burla siniestra y vejatoria (Mc 15,26-20). En la crucifixión Jesús es despojado definitivamente de sus vestidos. Al parecer, el hecho de repartirse las posesiones de los condenados era costumbre entre la tropa que ejercía de verdugo. Pero bajo la mirada reflexiva y creyente de los evangelistas, el gesto adquiere un sentido mucho más profundo. No es casual que la anterior mención a la «ropa» de Jesús sea precisamente el pasaje de su transfiguración (Mc 9,2-12). La revelación de Jesús bajo la luz de su gloria sirve de contrapartida a la presentación de su persona en el momento de mayor humillación, en el que las

tinieblas toman la primacía y todo signo de poder queda velado. En la transfiguración los vestidos de Jesús manifiestan el brillo inefable de su divinidad<sup>137</sup>. En la pasión Jesús es despojado de ellos, como signo de total y definitiva vulnerabilidad. Al hombre que le arrebatan sus vestidos se le arrebatan también, de alguna forma, su propia dignidad como persona. Jesús en la cruz es desnudado, lo que hace sofocar definitivamente toda luz sobre su identidad y sobre su dignidad<sup>138</sup>.

Jesús, viendo declinar ya sus fuerzas en la cumbre del sufrimiento, se dirige al Padre recitando el inicio del Sal 22: «*Eloí, Eloí, ¿lemá sabaktaní?*», que quiere decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»» (Mc 15,34; Mt 27,46). El texto habla de un «gritar con fuerte voz», lo que indica la intensidad de su dolor y desesperación. Cristo encarna en su persona la misma plegaria de los justos sufrientes que a lo largo del tiempo han clamado a Dios en los momentos de angustia y oscuridad. Su pasión es signo de absoluta y plena solidaridad con el hombre sufriente y oprimido. Hasta las últimas consecuencias.

## 7. La pobreza evangélica

Una vez que hemos presentado algunos rasgos de la vida en pobreza de Cristo, como opción fundamental de su existencia, vamos ahora a tomar en consideración sus enseñanzas. Cuando Mateo esboza los primeros pasos de la vida pública del Señor, lo hace con el denominado «Sermón del Monte», en la región de Galilea (Mt 5-7). A lo largo de este denso bloque de exhortaciones, Jesús habla en diversas ocasiones sobre la temática de la riqueza y de la pobreza<sup>139</sup>. El solemne pórtico de entrada a su amplio discurso son las Bienaventuranzas (5,1-12; véase Lc 6,20-26). Precisamente, el primero de estos enunciados afirma que, ante los ojos de Dios, los «pobres en el espíritu» son los predilectos del reino: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt 5,3).

El primer «macarismo» ilumina el resto de las exclamaciones: pobres son los «mansos» (5,4), los que «lloran» (5,5), los que pasan «hambre y sed de justicia» (5,6). Los comentaristas coinciden en señalar que la referencia o especificación a la pobreza «de espíritu» quiere recalcar que Jesús no está hablando sólo de un *estado* específico del hombre, sino también de una *actitud*. No se trata sólo de una miseria material, sino también de una disposición de humildad y confianza ante Dios. De esta manera, Mateo recoge el sentido más genuino de la expresión «pobre de Yahvé», tal como hemos comentado en párrafos anteriores. En última instancia, el pobre bienaventurado es aquel que ha recibido como su mayor tesoro el reino de Dios. Comenta Santiago Guijarro a propósito de las primeras bienaventuranzas: «Son una declaración de la felicidad que poseen aquellos que se abren a la acción de Dios en una actitud de acogida sincera. Se dirige al grupo de los que son pobres en el espíritu, es decir, a los pobres de Yahvé, que han puesto su confianza sólo en él, y alimentan su espiritualidad en los salmos del Antiguo Testamento, esperando que Dios manifieste su reino y colme su esperanza»<sup>140</sup>.

Pero Jesús no se limita a proclamar la bienaventuranza de los pobres de Yahvé, sino que también critica y denuncia las actitudes y estructuras que someten a opresión y a la miseria más absoluta a este colectivo de menesterosos. Esta dimensión profética y polémica de su mensaje es puesta particularmente de relieve en el evangelio de Lucas, quien tras el sermón de las bienaventuranzas enumera

una serie de denuncias proféticas en estos términos: «¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo! ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados, porque tendréis hambre! ¡Ay de los que ahora reís, porque haréis duelo y lloraréis! ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros! Eso es lo que vuestros padres hacían con los falsos profetas» (Lc 6, 24-26).

Las advertencias de Jesús al peligro del poder y de las riquezas son tan numerosas como incisivas. Retomando el evangelio de Mateo, vemos que, tras pronunciar las bienaventuranzas, se dedica una amplia reflexión a las posesiones materiales (6,19-34). Señalemos los pasajes más importantes: «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y la carcoma los roen y donde los ladrones abren boquetes y los roban. Hacedos tesoros en el cielo, donde no hay polilla ni carcoma que los roen, ni ladrones que abren boquetes y roban. Porque donde estará tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt 6,19-21). «Nadie puede servir a dos señores. Porque despreciará a uno y amará al otro; o, al contrario, se dedicará al primero y no hará caso del segundo. No podéis servir a Dios y al dinero» (Mt 6,25-34). Jesús exhorta a no agobiarse ni angustiarse por las necesidades materiales, tales como el alimento o el vestido (6,25-32), para concluir con esta enfática recomendación: «Buscad sobre todo el reino de Dios y su justicia; y todo eso se os dará por añadidura. Por tanto, no os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio agobio. A cada día le basta su afán» (Mt 6,33-34)<sup>141</sup>.

Lucas amplía estas reflexiones del Maestro, mediante la parábola del hombre rico a quien le es arrebatada la vida de repente, perdiendo todos los bienes que había tratado de atesorar (12,16-21). Esta narración didáctica es ofrecida por Jesús cuando le solicitan ser juez en una disputa de herencia entre hermanos. Su respuesta es contundente: «Guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes» (Lc 12,15). A propósito de esta advertencia comenta F. Bovon: «Detrás de la “codicia” se esconde un miedo que nos hace acumular más de lo que tienen los otros y más de lo que se necesita para vivir. Y tras este miedo, hay una convicción errónea: a saber, que el ser depende del tener y, más grave todavía, que la vida se mantiene y desafía a la muerte, por la voluntad de referirlo todo a nosotros mismos. Como si nuestra vida no encontrase y recobrase su aliento más que en nuestros propios bienes»<sup>142</sup>.

Como ya hemos visto, es frecuente en los libros proféticos del AT encontrarse con la denuncia de la idolatría del poder que emana de las riquezas y el lujo. Se habla de idolatría en el momento en que el dinero se convierte en rival directo de Dios, desplazándolo efectivamente de su lugar de preeminencia en la vida del hombre (se emplea con frecuencia el término *mammon*). Cuando este fenómeno se da, el dinero y las riquezas rigen y subyugan totalmente la voluntad y las energías del hombre, convirtiéndose en el anhelo prioritario<sup>143</sup>. Es a lo que parece referirse Jesús cuando advierte que el dinero puede erigirse en nuestro «señor», provocando el desprecio del que debería ser el único «Señor», el único o principal «tesoro»: Dios. Pero incluso cuando la actitud del individuo no llega a tales extremos, los desvelos desmedidos por el propio porvenir, por asegurarse los medios de subsistencia, pueden sofocar de hecho la opción por Dios y por el reino.

Cuando Jesús llama a su seguimiento, a formar parte de sus discípulos más allegados, exige compartir su mismo estilo de vida pobre y desprendido, tal como vemos de forma elocuente en el pasaje del individuo que se acerca interrogándolo sobre la vida eterna: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los

pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme. A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó triste porque era muy rico» (Mc 10, 21-22). La escena deja perfectamente claro que el motivo principal del rechazo a la oferta de Jesús es la situación acaudalada del hombre. T. Matura destaca un elemento importante: «Para alcanzar la vida, para entrar en la nueva existencia predicada por Jesús, se impone el abandono total de los bienes. No es un abandono arbitrario, ya que debe verificarse a favor de los pobres. No es, pues, cuestión de mero abandono o desprendimiento, sino de donación. Se venden unos bienes para dar su fruto a los pobres. Quien cumple con esta exigencia tiene reservado ya un tesoro en el mundo venidero, entrando ya desde ahora en el número de los discípulos»<sup>144</sup>.

La pobreza a la que Jesús convoca a sus discípulos y solicita asumir en su seguimiento es integral; implica romper con toda atadura del pasado, desprenderse de las propias raíces familiares y sociales, abandonar toda seguridad material para emprender un nuevo sendero tras sus huellas: «El reino de los cielos se parece a un tesoro escondido en el campo: el que lo encuentra, lo vuelve a esconder y, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra el campo» (Mt 13, 44). Advertamos, no obstante, que Jesús, al tiempo que aclara con nitidez la exigencia de esta vocación, establece una relación entre lo que se pide y lo que se adquiere en términos de neta desproporción. Pues quien todo lo pierde por él y por el evangelio, vuelve a ganarlo, aunque de otra manera, y tiene acceso a la vida eterna. Desde este punto de vista, las palabras de Jesús vienen a ser otra suerte de bienaventuranza para el discípulo. Pues, no lo olvidemos, Jesús se hizo pobre «para enriquecernos con su pobreza».

---

<sup>127</sup> *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*, Salamanca 1990, 319.

<sup>128</sup> Para profundizar en esta temática, cf. J.M. LIAÑO, «Los pobres en el Antiguo Testamento», *EstBib* 25 (1966) 150-190; D.E. GOWAN, «Wealth and Poverty in the Old Testament. The case of Widow, the Orphan, and the Sojourner», *IB* 45 (1995) 341-353; R. FABRIS *La opción por los pobres en la Biblia*, Estella 1992.

<sup>129</sup> *Un judío marginal*, vol. I, 293-294.

<sup>130</sup> H.J. KRAUS, *Teología de los Salmos*, Salamanca 1996, 206.

<sup>131</sup> *La opción por los pobres en la Biblia*, 21.

<sup>132</sup> J.B. GREEN, *The Gospel of Luke*, The New International Commentary on the New Testament, Grand Rapids, Michigan 1997, 211.

<sup>133</sup> *Teología del Nuevo Testamento*, vol. I, Salamanca 1985, 137-138.

<sup>134</sup> J.L. GONZÁLEZ FAUS, *La Humanidad nueva*, Ensayo de cristología, Santander 1984, 89.

<sup>135</sup> *Nuevo Testamento y vida consagrada*, Madrid 2010, 190.

<sup>136</sup> J.M. TILLARD, *Le salut, mystère de pauvreté*, Paris 1968, 28.

<sup>137</sup> También en otros pasajes las vestiduras de Jesús revelan el poder que emana de su persona: «Entonces, una mujer que tenía hemorragias desde hacía doce años se acercó por detrás y tocó la orla de su manto, pues pensaba: “Con sólo tocar su vestido quedaré curada”» (Mt 9,20-21); «Le suplicaban que les dejara tocar siquiera la orla de su manto; y todos los que lo tocaban quedaban sanos» (Mt 14,36).

<sup>138</sup> Hemos recogido este párrafo de nuestro estudio: RICARDO VOLO PÉREZ, “Para que se cumpliera la Escritura”. Uso y sentido de los Salmos en Jn 19,16-37 en comparación con los Sinópticos, en: «Como yo os he amado» (Jn 13,34). Miscelánea sobre los escritos joánicos. Homenaje a Francisco Contreras Molina. Granada 2011.

<sup>139</sup> En el evangelio de Mateo encontramos cinco grandes discursos de Jesús: el Sermón del Monte (5,1-7,29), el discurso de la misión (9,35-10,42), el discurso en parábolas (13,3b-52), el discurso eclesial (18,3-34), y el discurso escatológico (23,1-25,46). Cada uno de estas grandes intervenciones del Maestro trata de ir desvelando y explicando los misterios del reino de Dios. Las Bienaventuranzas están configuradas literariamente como el exordio del Sermón del Monte. Véase R. AGUIRRE MONASTERIO, *Evangelio según San Mateo*, en: R. AGUIRRE MONASTERIO-A. R. CARMONA, *Evangelios sinópticos y Hechos de los Apóstoles*, 200 s.

<sup>140</sup> *Comentario al Nuevo Testamento*, El Evangelio de Mateo, Salamanca 1995. Es lo que U. LUZ denomina proceso de «etización» e «interiorización» de las palabras de Jesús, que no sólo aluden a un estado o categoría social de las personas a las que alude, sino que también abarca las virtudes propias e indispensables que ha de tener aquel que es llamado a poseer el reino de Dios: la humildad, la confianza absoluta en Dios, o la perseverancia en la fe en medio de las dificultades (cf. *El Evangelio de San Mateo*, Mt 1-7, vol. I, Salamanca 2001, 301 s.).

<sup>141</sup> R.T. FRANCE señala que, en el evangelio de Mateo, la alusión a la «preocupación» o el «agobio» es la antítesis de la confianza que ha de ser depositada en Dios; esto es, la fe (cf. 8,10; 9,2.22.29; 15,28; 17,20; 21,21). El que se «preocupa» muestra siempre una falta de fe (*The Gospel of Matthew*, The New International Commentary on the New Testament, Grand Rapids, Michigan 2007, 270).

<sup>142</sup> *El Evangelio según San Lucas II*, Salamanca 2002, 345.

<sup>143</sup> Idolatrar la riqueza significa, en pocas palabras, sustituir a Dios por el dinero o los bienes materiales, lo que equivale a divinizarlos. Pero esta actitud inicua puede tener, a su vez, diversos matices. El intento por alcanzar a toda costa el poder de la riqueza puede tener su fuente y raíz en la *codicia*. Ésta revela el rostro más depravado y malevolente del culto a la riqueza, porque arrastra al hombre a alcanzar sus objetivos por cualquier medio, despojando sin escrúpulos al prójimo de todos sus bienes para apropiárselos. Y, en última instancia, convirtiéndolo a sus semejantes en objeto mismo de compraventa. En este marco de actuación inicua puede entrar tanto la violencia y el robo como el uso abusivo o corrupto de las mismas leyes, manipulándolas en beneficio propio. Pero junto al fenómeno de la codicia puede darse también el *egoísmo*, con el que guarda una profunda relación, pero no una total semejanza. La actitud egoísta no implica de por sí una inclinación a las acciones directa o expresamente violentas o inicuas, pero sigue siendo otra manifestación del culto a la riqueza que permite el desarrollo y la consolidación de las diferencias sociales desde una vertiente manifestadamente injusta.

<sup>144</sup> *El radicalismo evangélico*, Madrid 1980, 101.



## **Características de nuestro estilo de trabajo misionero en JPIC y Solidaridad**

### **JPIC& Solidarity Workshop Vic 2014**

#### **0. Introduccion**

Reunidos en Vic, cuna de la gran obra claretiana, empezando nuestra labor de cada mañana junto al sepulcro de P. Fundador, 37 representantes de Organismos de toda la Congregación nos reunimos del 3 al 9 de febrero, convocados por la Prefectura General de Apostolado, por el Secretariado general de JPIC y por la Procura General de Misiones, para intercambiar experiencias y conocimientos sobre la realidad y las posibilidades de cualificar y reafirmar nuestra acción misionera en una de las dimensión que definen nuestro carisma: la opción por los emprobecidos en términos de profecía, liberación y dignificación del ser humano y su entorno social y ambiental.

#### ***Realidad y respuesta***

Escuchamos no los relatos de nuestro quehacer, sino a través de ellos la voz de los más pobres y oprimidos, de los abusados y los desplazados, de los silenciosos en la resistencia ancestral y los indignados de esta hora, porque no aguantan más la situación que viven y la vulneración de sus derechos personales y como pueblos. Nos siguen preocupando los diferentes tipos de violencias y conflictos armados que se presentan en nuestros continentes, por los millares de victimas que producen. Nos dejaron sobrecogidos, por una parte, los datos y los testimonios del sufrimiento, el abandono, la desigualdad y la maldad humana y, por otro, nos sorprendieron los admirables esfuerzos de muchos claretianos y sus comunidades para hacer frente de manera profundamente solidaria, creativa, riesgosa y hasta heroica a esas situaciones críticas, acompañando a los pueblos en procesos de autoreconocimiento y recuperación de sus derechos, de construcción de alternativas para la supervivencia, la economía comunitaria, la participación política, una profesión de fe comprometida con la realidad y valiosos procesos de interculturalidad.

Admiramos, además, y valoramos las iniciativas institucionales de varios Organismos para crear o consolidar entidades como las Procuras de misiones o las Fundaciones para incentivar el espíritu misionero, para el trabajo por la justicia y la transformación del mundo, para servir como cauce de solidaridad para otras personas o entidades, para gestionar proyectos ante las Organizaciones de solidaridad, para articular servicios como el voluntariado, para convocar a la mirada sobre los más necesitados y para garantizar la protección y de los derechos recuperados y la estructuras que los amparan.

#### ***Inspiración y motivación***

Nos dejamos interrogar a fondo sobre la calidad de nuestro seguimiento de Jesús, que se hizo uno de nosotros para salvarnos a todos, que se atrevió a presentarse como el lleno del Espíritu a favor de los excluidos en plan de liberación y gracia, hasta dar la vida por esa causa. Como Hijos del Corazón de María, entonamos con ella el Magníficat (Luc 1, 46-55), y no pudimos dejar de confrontarnos con la comprometida proclamación de la fuerza de su debilidad frente a los poderosos y los opresores.

Reflexionamos sobre Claret y el impacto de su acción pastoral en Cuba. Hemos tomado contacto con su alta sensibilidad social y sus valiosas acciones en el complejo ámbito social de la isla, que replantearía y adaptaría luego en España en el resto de los días de su ministerio.

De ese rico análisis de una conciencia y una acción social claretiana, nos dejó estas pistas sobre el estilo carismático de nuestra dimensión misionera por la justicia, la paz y la integridad de la Creación:

1. Ser testigos del amor preferencial de Dios por los pobres
2. Expresarlo con gestos y acciones que confirman la Palabra anunciada
3. Trabajar en comunidad misionera y en medio de redes de solidaridad
4. Ubicarnos en las fronteras geográficas, sociales y culturales de la misión
5. Siempre atentos a la realidad, a los signos de los tiempos
6. Generando estrategias que vayan tanto a las necesidades urgentes como a la transformación de las estructuras injustas.
7. Utilizando medios realistas, prácticos y eficaces

Nos propusimos revisar y precisar esos rasgos característicos del ministerio de Justicia, Paz e Integridad de la Creación, la dinámica y estructura para su concreción y animación. Presentamos a continuación este trabajo.

## **1. Características**

### **1.- Vivir la realidad de los empobrecidos de forma contemplativa y creativa, sabiendo mirar, escuchar y responder comprometidamente.**

1. Mirada crítica que Analiza las causas y consecuencias. Mirada que se deja afectar (tocar) por los empobrecidos. Mirada que se deja interpelar por las realidades de los empobrecidos
2. Escucha activa y empática, que acoge y se deja acoger,
3. Que genera, con ellos, respuestas creativas a sus necesidades.

### **2.- Acoger cordialmente y acompañar a las personas, los grupos marginados, y las comunidades, de forma que sean protagonistas de sus propios procesos de autodignificación, autodeterminación y liberación.**

1. Que todas nuestras comunidades sean casa de todos, de acogida, hogar, que construye fraternidad e inclusión.
2. Acompañamiento de calidad: que ayuda a que recuperen su propia palabra.
3. Ministerio de la consolación y reconciliación, desde la resiliencia y la construcción de capacidades.
4. Salir al encuentro de otras realidades, haciéndolas también nuestras.

### **3.- Articular procesos de transformación, asumiendo un desarrollo que respeta y promueve la cultura e identidad propia de las comunidades y de los pueblos, que les capacite para ser sujetos activos de la nueva sociedad.**

1. Transformación de PERSONAS: recuperación de las personas.
2. Transformación de COLECTIVOS (Comunidades, pueblos).
3. Transformación de Estructuras de ECONOMÍA injusta hacia una ECONOMÍA SOLIDARIA.
4. Transformación que crea INCLUSIÓN SOCIAL.
5. Transformación que promueve LA FORMACIÓN Y LA INSERCIÓN EN EL TRABAJO (EMPLEO).
6. Transformación que CREA COMUNIDADES CRISTIANAS DE BASE.

7. Transformación DE AGENTES CLARETIANOS Y LAICOS EN EL COMPROMISO DE JPIC Y SOLIDARIDAD.

#### **4.- Testimonio profético desde un amor que convoca y moviliza, con pasión y coraje por el Reino.**

1. Testimonio de vida en fraternidad, sencilla y austera, y comprometida con las personas y sus causas.
2. Testimonio que asume riesgos, denuncia injusticias, resiste amenazas con valentía.
3. Testimonio que es convocante, y promueve el compromiso con la causa de los pobres.

#### **5.- Promover y crear asociaciones o fundaciones desde las que realizar el trabajo de JPIC y Solidaridad que, a su vez, trabajen en red con otros, sin afán de protagonismo y siendo capaces de transferirlo a otros cuando sea oportuno.**

1. Movimientos sociales
2. Movimientos políticos
3. Movimientos eclesiales
4. Con otras congregaciones
5. Otros

#### **6.- Incidencia política social. Denuncia y lucha contra el sistema que produce pobreza, destrucción de la naturaleza y violencia**

1. Favorecer una visión más crítica y amplia
2. Incidir constructiva y críticamente en las políticas
3. Favorece la implicación activa.

#### **7.- Promover el cuidado y salvaguarda de la creación**

1. Cuidado y armonía de la naturaleza: agua, territorio, sostenibilidad, explotaciones abusivas.
2. Conversión ecológica: promover la vida en su integridad
3. Educar y sensibilizar en los problemas ecológicos y sociales para el compromiso en el cuidado y defensa de la creación como don de Dios.
4. Iniciar un cambio real en nuestro estilo de vida que respete la naturaleza.
5. Abrirnos a la sabiduría ecológica de nuestro pueblos para que nuestra misión sea capaz de reconciliar: ser humano y naturaleza.

#### **8.- Promover una cultura de paz, en diálogo sincero**

1. Diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico.
2. Educación Por la Paz: prevención de los conflictos, Resolución de conflictos y Reconciliación; promoviendo los derechos de las víctimas a la verdad, la justicia y la reparación integral
3. Promover la justicia internacional humanitaria a favor de los pueblos originarios / indígenas de todo el mundo.

## 2. Organización que proponemos

### A- Organigrama

1. Proponemos que exista a nivel congregacional, a cargo de la Prefectura de apostolado, una estructura que se denomine “**Solidaridad y Misión**”
2. **Solidaridad y Misión** estará dinamizada por un **equipo de trabajo**, donde participen laicos.
3. **Solidaridad y Misión** tendrá dos áreas de trabajo:
  - a. Área de JPIC. Se incluye en esta área el trabajo en ONU y otros Foros.
  - b. Área de Procura misionera. Se incluye en esta área las PROCLADE, organizaciones similares y el Voluntariado internacional.
4. Contara con un equipo de consultores formado por claretianos con experiencia y profesionales cualificados.
5. “Solidaridad y Misión” será impulsada impulsada por un equipo donde haya laicos implicados.
6. Equipo de consultores con claretianos con experiencia en esta áreas y otro personal cualificado.

### B.- Argumentación. (Explicación del organigrama)

1. Articulación de todas las dimensiones de Solidaridad y Mision.
2. Coordinar las distintas instancias que trabajan en estas dimensiones.
3. Procesos de formación de claretianos y laicos que garanticen la excelencia en este servicio.
4. Hacer incidir en todas las areas de trabajo de Solidaridad y Mision las reflexiones, planteamientos y motivaciones sobre JPIC en una acción de conjunto.
5. Facilitar y canalizar la información y el intercambio de recursos.
6. Conseguir un mayor conocimiento de nuestro trabajo en Solidaridad y Misión de toda la congregación.
7. Mayor impacto social y político de nuestros procesos y acciones sociales.
8. Propiciar una mayor colaboración con otras plataformas religiosas, eclesiales y sociales.
9. Animar, asesorar, dinamizar las instancias correspondientes a nivel continental y de organismos mayores.
10. Coordinated de todos los aspectos de Solidaridad y Misión.
11. Coordinación con agencias que trabajen estas dimensiones.
12. Procesos de formación para Misioneros Claretianos y laicos para asegurar la realización de este servicio, con calidad.
13. Incidir en todas las áreas implicadas en Solidaridad y Misión, reflexionando y motivando sobre ellas de una manera interrelacionada.
14. Facilitar el intercambio de información y recursos.
15. Promover un mejor conocimiento del trabajo en Solidaridad y Misión en toda la Congregación.
16. Procurar un mayor impacto social y político de nuestros proyectos de acción social.
17. Reforzar e incrementar la colaboración con otras congregaciones religiosas, plataformas sociales y organismos eclesiales.
18. Promover, asesorar, dinamizar los órganos competentes a nivel continental y de Organismos mayores .

### **3. Líneas de trabajo**

**(Sugerencias para el Equipo de Solidaridad y Misión)**

#### **1. Encuentros por conferencias y congregacionales de Solidaridad y Misión**

1. De las dos areas conjuntamente
2. De cada una de las areas

#### **2. Formación en Solidaridad y Misión**

1. Cursos de Formación a nivel congregacional y/o Continentales
2. Creación de Materiales
3. El Equipo de Solidaridad y Mision se encarga de esta formación

#### **3. Proponer acciones conjuntas o temas focales generales o por conferencias.**

1. Derechos de las “minorías” y de los pueblos.
2. Explotacion de RR.NN. y Ecologia
3. Migración y desplazamientos.
4. Consumo responsable
5. Situaciones de conflictos armados, etc.

#### **4. Optimizar los recursos que ofrecen las nuevas tecnologías para la comunicación y el compartir.**

1. Portales existentes: congregación, proclades...
2. Intranet
3. Plataformas por Internet nacionales e internacionales
4. Bancos de datos







Prefectura general de Apostolado  
CMF 2015